

que uno de estos hombres llorara al ver perecer un semejante que se hunde en el mar, cerca de la playa, si no tiene decisión suficiente para arrojar al agua y sacar á la superficie y salvar al que está próximo á la muerte? La Psicología nos habla precisamente de esta oposición.

Puede hablarse del dolor en dos sentidos: como expresión de un sufrimiento despertado por un influjo físico ó despertado por causas morales. El primero, ó dolor físico, fácilmente mensurable por aparatos especiales, es el único que nos entretendrá en lo que resta de este capítulo; y más que nada, nos esforzaremos en poner de manifiesto que la mayor sensibilidad de la mujer para el dolor no revela la arquitectura más delicada de su espíritu, sino un lado ó aspecto particular de su organización sexual.

El tiempo de reacción para las sensaciones dolorosas es mayor que para las del tacto y de la temperatura, lo cual depende con toda seguridad de que la excitación camina más perezosamente por los nervios propios del dolor (1).

Para algunos psicólogos (2), la mujer es menos

(1) Sobre el dolor pueden consultarse: Wéber, artículo *Schmerz*, en el *Wagners Physiol. Handwörterbuch*; Richet, artículo *Douleur*, en el *Dict. de Physiol.*; art. *Douleur*, en el *Dict. de Dechambre*; Oppenheimer, *Schmerz, n. Temperaturrempfindung*, Berlin, 1894.

(2) Sergi, *Piacere é dolore*, etc.; Feré, *Pathologie des émotions*, 1892.

sensible que el hombre al dolor; para otros (1), la hembra humana estaría dotada de una sensibilidad dolorosa más exquisita que el macho. Estas ideas, que al primer golpe parecen contradictorias, son realmente la expresión de un mismo fenómeno. Puede admitirse que las manifestaciones del sufrimiento son más enérgicas en la mujer que en el hombre; en aquélla, la efusión de las lágrimas, por ejemplo, es más frecuente y copiosa que en éste, fenómeno que podría explicarse, como lo hace Darwin (2), considerando que entre los hombres se mira el llanto como un signo de debilidad, por lo cual tiende á ser reprimido. Creo que muy bien puede decirse que las manifestaciones dolorosas más fuertes de la mujer no dependen tanto de la conversión de la mayor parte de la onda sensible en ondas centrífugas (motoras, vasomotoras, glandulares, etc.) como del mayor poder inhibitor del cerebro del hombre.

Es bien sabido que los fenómenos de inhibición pueden agruparse en tres categorías distintas (3): 1.^a, fenómenos de *inhibición refleja*, como, por ejemplo, los que se despiertan cuando se golpea el vientre de la rana (el corazón se paraliza ó late con

(1) Mantegazza, *La physiologie de la douleur*, Paris, 1888; Fouillé, *Tempérament et caractère*.

(2) *Expression des émotions*, etc., trad. franc.

(3) Hablando de los fenómenos de inhibición, no hacemos más que un resumen, necesario para la buena inteligencia del asunto.

menos fuerza), ó cuando, presa de una impresión terrorífica, se nos «muere la voz en la garganta»; 2.^a, fenómenos de *inhibición tónica*, que consisten en una acción frenatriz permanente de ciertos centros nerviosos sobre otros centros, como, por ejemplo, la del cerebro sobre los núcleos reflejos de la médula espinal; 3.^a, la *inhibición voluntaria*, en la cual por un acto de voluntad somos capaces de detener la explosión de ciertos movimientos, como acontece en el caso de mantener descorridos los párpados á pesar de la fingida amenaza del dedo del experimentador, en el caso de refrenar las lágrimas que tienden á saltar de nuestros ojos, y en pocas palabras, en todas aquellas ocasiones en las que nos «contenemos ó reprimimos», según la expresión vulgar. Es muy probable que exista en el hombre, en la región llamada de los tubérculos cuadrigéminos, un centro inhibitor supremo en conexión con el centro de la voluntad.

En la adjunta figura (Fig. 9.^a) he tratado de esquematizar las vías y centros de inhibición. Los triángulos negros señalados con la letra H representan las dos mitades del centro inhibitor, situado en la región de los tubérculos cuadrigéminos, del cual parten fibras inhibitoras á los centros espinales CC; II representan los centros corticales de la inhibición voluntaria; MM las zonas motoras de la corteza del cerebro, de las cuales emergen las fibras MC MC, llamadas de los movimientos voluntarios; los cuadrados negros SS son los centros sensitivos,

á los cuales van á parar las fibras sensibles fS fS , dejando antes un ramito rH para el centro inhibidor H . Finalmente, las líneas sC sC y mC mC

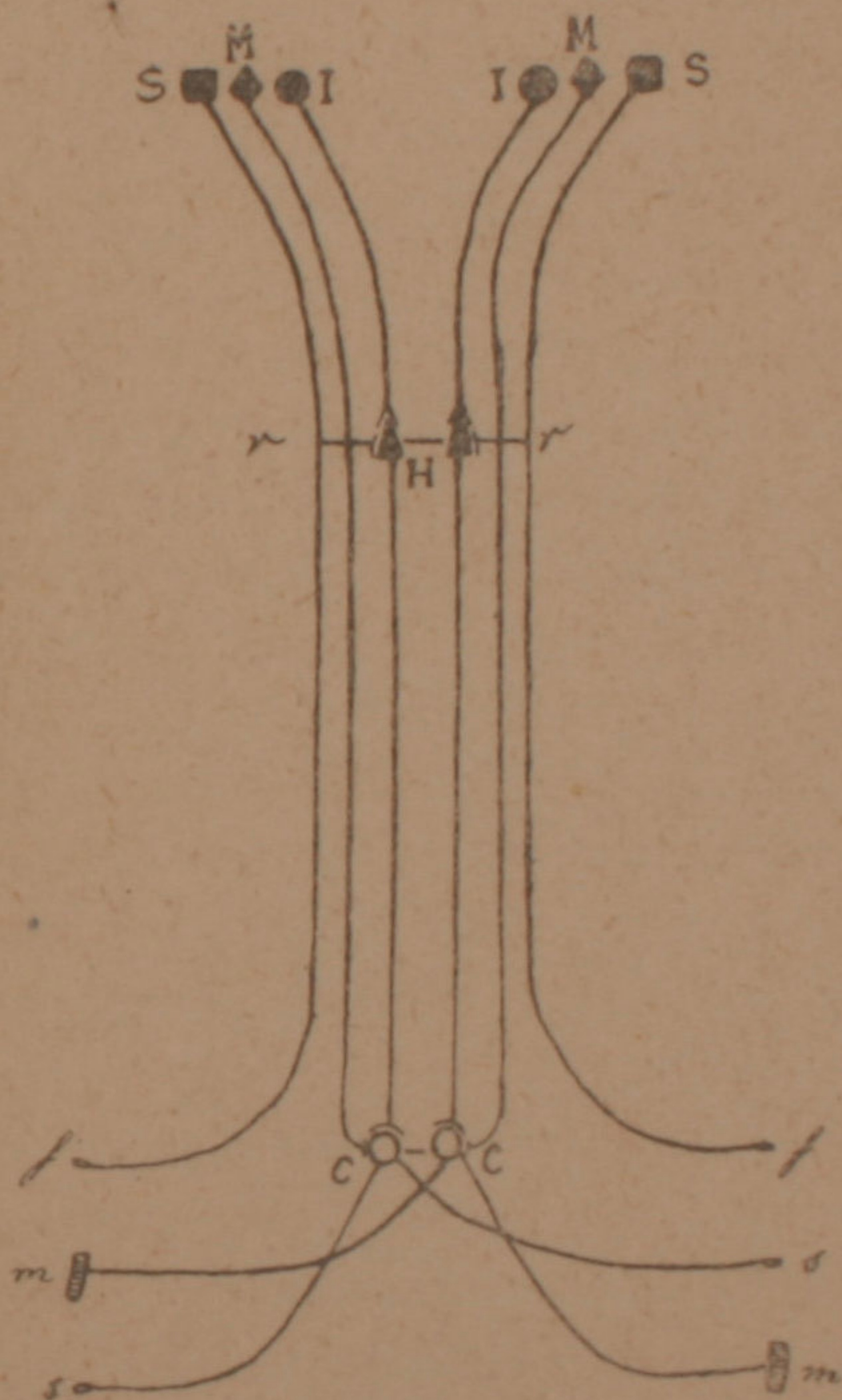


FIGURA 9.^a—Esquema destinado á explicar todos los fenómenos conocidos de la inhibición.

representan, respectivamente, las vías sensibles y motoras de los centros espinales CC ; ss son las terminaciones sensitivas de los nervios, y mm representan dos vientres musculares.

Es muy fácil interpretar ahora las distintas formas de inhibición. Supongamos el caso que una excitación de s tienda, propagándose por sC y Cm , á mover el músculo m : la voluntad puede enviar desde I hasta C , á través de H , un impulso inhibitor que detenga ó debilite el movimiento reflejo de m (inhibición de la categoría 3.^a ó voluntaria). De otra parte, se comprende bien que del centro H descienda una onda inhibidora tónica hasta los centros espinales CC , como lo prueba el hecho de que cuando se secciona la médula, se exaltan los reflejos por debajo del plano de sección (inhibición de la segunda categoría ó tónica); y en fin, se comprende que la excitación de la fibra sensible fS produzca una acción frenadora sobre el movimiento de m , porque parte de la excitación es derivada por rH al centro H y de aquí al centro C de la médula espinal (inhibición de la categoría 1.^a, ó inhibición refleja).

En el sistema nervioso estas vías son múltiples, poniéndose, en último término, las fibras que emergen de los dos centros H en relación con los centros reflejos, no sólo de la médula, sino también del mismo cerebro, y no solamente con los centros de la motilidad refleja, sino además con los glandulares, cardíacos, vaso-motores, etc.

Esto aparte, lo que más nos interesa es el conocimiento de las vías de la inhibición voluntaria y el desarrollo de las mismas según los sexos. Es seguro que el hombre tiene más desarrollada la

facultad de inhibir, por medio de la voluntad, las acciones de naturaleza refleja; y como, por otra parte, aquella facultad aparece tanto más floreciente cuanto mayor es el grado de inteligencia, se desprende de aquí que el macho aventaja á la hembra bajo el punto de vista de la mentalidad. Se comprende que sea éste el valor de los hechos, teniendo en cuenta que la inhibición voluntaria representa una adquisición favorable para la lucha; como el camaleón, el hombre que mejor sabe ocultar ciertas manifestaciones de debilidad tiene una gran ventaja sobre aquel otro que no es capaz de dominar sus impulsos reflejos; de donde resulta que el aparato nervioso—que, en último análisis, representa un aparato defensivo—está mejor organizado en el hombre que en la mujer. Si el desarrollo psíquico más acentuado supone una dosis mayor de medios defensivos, igualmente, el desarrollo más grande de los centros frenadores voluntarios supone también un paso más en la consecución de la victoria y de la más delicada mentalidad, triunfo que se demuestra por el imperio más grande que adquiere el alma sobre las funciones heredadas más bestiales del organismo.

Se supone que los centros inhibidores se confunden con los motores de la corteza del cerebro, y las vías frenadoras con las de la motilidad voluntaria. Si pensamos que el progreso de la facultad sigue un curso paralelo al desarrollo de la inteligencia, es decir, de los lóbulos frontales, no

parece infundada la sospecha de que en esta región del cerebro se encuentra localizado el centro inhibitor: hipótesis que, en parte, nos explica las diferencias sexuales del cerebro.

No sería aventurado decir que el centro inhibitor se halla situado en la zona prefrontal, pero para demostrar esta afirmación, sería necesario hacer el experimento siguiente: excitar á un tiempo, por la electricidad, la región prefrontal y los distintos territorios motores, observando cuidadosamente la energía de la contracción muscular y comparándola á la fuerza de contracción de los músculos, cuando sólo son excitados los centros motores. Si en este último caso fuese mayor la energía de los músculos contraídos, podría decirse con seguridad que el centro inhibitor voluntario radica en la zona prefrontal del cerebro, precisamente en aquella parte que ha adquirido mayor desenvoltura en el curso de la evolución espiritual del hombre.

En la vida, el dolor desempeña un papel filático, considerándose la mayor ó menor sensibilidad para el mismo como un detalle psicológico capaz de revelarnos los progresos de la conciencia (1). Ya sabemos que el salvaje es menos sensible al dolor que el europeo, el adulto menos que el niño, el hombre menos que la mujer y el «intelectual» más que el obrero manual. He aquí la escala (el

(1) Ch. Richet, *loc. cit.*

signo + indica mayor sensibilidad y el — menor sensibilidad).

Sensibilidad para el dolor	{	Europeo +	{	Niño +	{	Mujer +	{	«Intelectual» +
		Adulto —	{	Hombre —		{		Trabajador manual —
	{	Salvaje —						

Relacionando estos datos, se observa que la sensibilidad para el dolor crece con los progresos de la cultura, y esto viene á demostrarlo el estudio comparativo de los salvajes y europeos, y dentro de éstos, el de los individuos que se dedican al ejercicio de las profesiones liberales y de los que se entregan á trabajos manuales. Pero en cuanto nos fijamos en la mujer y en el niño, comparándolos respectivamente con el hombre é individuos adultos de cualquier sexo, surgen estas preguntas: Del hecho que el infante sea más sensible que el sujeto adulto, ¿puede deducirse que la inteligencia de aquél sea mayor que la de éste? La sensibilidad para el dolor, ¿está en directa relación con los adelantos de la conciencia? Á la primera pregunta, la respuesta es decididamente negativa; el niño, más sensible, posee, sin embargo, un cerebro en germen todavía; es decir, incapaz de manifestaciones psíquicas comparables á las del adulto. La contestación á la segunda pregunta es también negativa, como se desprende del hecho que, en la evolución del organismo, la sensibilidad y el tiempo de reac-

ción consciente guardan una relación inversa, siendo, como ya dijimos, el tiempo de reacción más elevado en el niño que en el adulto (1). No existe, pues, relación directa entre el grado de sensibilidad para el dolor y el desarrollo mental, ni entre aquél y el progreso de la conciencia.

La misma relación que se descubre entre el adulto y el infante, existe entre el macho y la hembra; ésta es más sensible al dolor que aquél, y sin embargo, el tiempo de reacción consciente es mayor en la hembra que en el macho; la psiquis femenina está menos desarrollada que la masculina, y á pesar de esto, la sensibilidad general y específica se encuentra á más bajo nivel en el sexo «fuerte» que en el «débil». La mujer, á pesar de su mayor sensibilidad para el dolor, posee una conciencia y una mentalidad inferiores á las del hombre.

Cotejando las cifras que expresan el tiempo de reacción consciente con las que representan el dintel de la sensibilidad para el dolor en las distintas edades, se llega á la conclusión de que los dos factores citados siguen un curso opuesto; en general, á medida que disminuye el tiempo de reacción decrece también la sensibilidad para el dolor, lo cual quiere decir que la evolución de este sentido y la de la conciencia siguen una marcha opuesta. Aun más; si comparamos el tiempo de

(1) Véase anteriormente.

reacción en los dos sexos, se observa que, á partir de los quince años, existe el mismo antagonismo entre la sensibilidad y la conciencia; y por esto la mujer, que tarda 0'365'' en reaccionar á la excitación de la mano, posee una receptividad más grande para las impresiones dolorosas que el hombre, en el cual el tiempo de reacción es de doscientos ochenta y tres milésimas de segundo.

Los salvajes son menos sensibles que los europeos al dolor, y juzgando por los datos que hoy poseemos, el tiempo de reacción es más amplio en aquéllos que en éstos; también los degenerados (idiotas, estúpidos, etc.), menos sensibles que los sujetos normales, reaccionan más lentamente que éstos.

¿Á qué se debe, entonces, que al paso que el hombre progresa (desde las razas inferiores á las superiores y desde el infante al individuo adulto) disminuya el tiempo de reacción, mientras que la sensibilidad para el dolor sufre un aumento? Si las razas superiores poseen una sensibilidad más exquisita que las inferiores, y los hombres inteligentes más que los incultos, ¿por qué la sensibilidad más fina de la hembra no ha de mirarse como la expresión de una mayor delicadeza de su alma, en comparación á la del macho? En las edades y en los sexos salta á la vista un antagonismo bien marcado entre el grado de conciencia y el de sensibilidad para el dolor; ¿y por qué no descubrimos la misma oposición en los degenerados y en las razas inferiores?

Para resolver esta aparente antinomia es necesario recurrir á otros datos psicológicos que pronto estudiaremos; pero antes considero como preciso hacer un resumen de lo que se llama el «antagonismo entre los esfuerzos de atención y las inervaciones motrices». Á seguida de este resumen abordaremos directamente nuestro problema.

Es un hecho conocido de todos que los movimientos actúan como inhibidores de la atención, y al contrario, que la dirección atenta hacia un objeto cualquiera debilita y hasta puede llegar á suspender los movimientos reflejos. La atención y el movimiento son fuerzas opuestas; el movimiento es como una válvula que debilita la atención, y *viceversa*; y de aquí que ciertos sentimientos no nos causen tanto malestar como nos causarían si llegasen á faltar las inervaciones motoras. «No hay que olvidar que cada dolor nos impulsa á realizar una cantidad de movimientos, en apariencia inútiles. Gritamos, gemimos, removemos nuestros miembros, nos arrojamos á uno y otro lado, y en el fondo, todos estos movimientos son lógicos, porque interrumpiendo, rompiendo nuestra atención, nos vuelven menos sensibles al dolor... Igual explicación cabe dar de los gritos de los enfermos durante las operaciones quirúrgicas» (1).

Los ejemplos que podrían ponerse de este antagonismo, son infinitos. Cuando queremos resolver

(1) Marie de Manacéine, *Atti del Congresso*, v. II, 1894.

un problema que llame nuestra atención, buscamos la soledad, la quietud, y si huimos del bullicio, de los ruidos, de las impresiones todas, es porque éstas, despertando siempre reacciones motoras más ó menos intensas, debilitan la atención. Cuando caminamos, es casi imposible, aun en la soledad, sostener por algún tiempo un mismo pensamiento evocado voluntariamente. Los que son presa de un dolor, por ejemplo de muelas, pasean «para distraerse», y si el dolor es bastante intenso se mueven, se agitan, pasean nerviosamente por la habitación, descargan puñetazos sobre los muebles, patadas sobre el pavimento, etc., etc. En fin, y con el objeto de no multiplicar los ejemplos, que muy bien podrían ocupar un número bastante regular de páginas, me limitaré á recordar lo que pasa cuando en una cura algo dolorosa ó en una operación practicada sin anestesia, el paciente contrae enérgicamente ciertos grupos musculares, como por ejemplo, los flexores de la mano al apretar los puños, los de la masticación al rechinar los dientes, etc., etc. No olvidaré durante toda mi vida que un día estuve á punto de perecer asfixiado entre los brazos de una robusta mujer que había rechazado insistentemente la mascarilla del cloroformo y á la que operaba un cirujano amigo mío.

Lo mismo que de las inervaciones motoras, puede decirse de las glandulares. Muchas mujeres no *saben* sufrir si no acompañan su sentimiento de gritos y de un copiosísimo derramamiento de lá-

grimas; el llorar, el gemir, es para ellas una necesidad, una cosa inevitable; y si dejaran de hacerlo sufrirían mucho más. Una joven amiga á la que consolaba de una desgracia de familia que había venido á turbar su habitual buen humor, me respondió en estos términos: «Déjeme llorar... es el único consuelo que me queda. Si no tuviera agua en los ojos, seguramente estallaría mi corazón de dolor.»

Veamos ahora si con estos nuevos datos estamos en disposición de explicar la mayor sensibilidad dolorífica de los europeos respecto á los individuos de las razas inferiores. Como ya sabemos, la psicología de las razas humanas ha demostrado que el salvaje tiene más desarrollados que el europeo los sentidos del tacto, gusto, olfato, vista y oído, y se comprende, desde luego, que las reacciones despertadas por impresiones periféricas serán más enérgicas y numerosas en aquél que en éste, por la razón de que los aparatos receptores del salvaje son más sensibles que los del blanco. Ahora bien; debe admitirse que en el salvaje existe una mayor *desviación* congénita de la atención que en el hombre de las razas civilizadas. Con el salvaje pasaría lo que, al decir de Sergi, pasa con la mujer; pero adaptando su interpretación á nuestra doctrina, diríamos que, tanto en la mujer respecto del hombre, como en los individuos de razas inferiores respecto de los de las superiores, la fuerza más grande de las manifestaciones del sentimiento des-

via en ellos más poderosamente la atención, disminuyendo, por consiguiente, la percepción de las sensaciones dolorosas.

Queda establecido que el grado de sensibilidad no nos da la medida del valor de la conciencia, ó en términos más generales, del espíritu. Bajo este aspecto, la hembra humana debe mirarse como poseedora de un *resto* infantil mayor que el hombre, como lo demuestran la Anatomía y las enseñanzas psicológicas.

En la mujer, ¿son las reacciones más enérgicas que en el hombre? Y siendo, como son, más enérgicas, ¿nos dan la *apariencia* de una sensibilidad más desarrollada? Desde luego, parece un hecho demostrado que en la mujer las manifestaciones del sufrimiento son más intensas que en el hombre (1), análogamente á lo que acontece con el niño, cuya impresionabilidad es tan grande que bastan muchas veces excitaciones ligeras para despertar en él explosiones musculares extraordinarias y á lo que pasa con los salvajes. Darwin (2) cita el caso de un jefe salvaje que se echó á llorar de una manera inusitada al ver su manto manchado.

La mujer se asemeja más que el hombre, por la fuerza de sus reacciones, al salvaje y al niño; en esto la mujer conserva un parentesco psicológico

(1) Sergi, *loc. cit.*

(2) Darwin, *loc. cit.*

más estrecho que el hombre con las razas inferiores y con el infante.

Si se nos pregunta á qué es debida esta reaccionabilidad más grande de la hembra—reaccionabilidad que es un signo indudable de inferioridad mental—, diremos que se debe al menor desarrollo que en ella tienen los centros inhibidores del cerebro y además á la delicadeza mayor de sus aparatos receptores.

La contestación á la segunda pregunta—«y siendo las reacciones más fuertes en la mujer, ¿nos dan la *apariencia* de una sensibilidad más desarrollada?»—no resulta difícil si tenemos presente el anteriormente estudiado antagonismo entre los esfuerzos de atención y las inervaciones motoras, glandulares, etc. No olvidando esta noción psicológica puede explicarse de un modo satisfactorio el hecho paradójal de que la mujer sea, según las condiciones, más ó menos sensible al dolor que el hombre, explicándose al mismo tiempo las divergencias que, á este respecto, existen entre los psicólogos.

La mujer sería menos sensible que el hombre cuando deja libre el curso de sus reacciones; una excitación dolorosa, despertando en ella una verdadera explosión de lágrimas, de lamentos, de gestos, inhibiría profundamente su atención, debilitándola, volviéndola menos sensible. Estas reacciones enérgicas, «aparentemente inútiles», son como válvulas defensivas que se abren cuando la

caldera cerebral va á estar sometida á una alta presión; en este caso, la mujer, con manifestaciones más violentas que el hombre, desvía su atención más que éste y deviene menos sensible al dolor. («El dolor mudo, sufrido en silencio, sin lágrimas, sin gemidos, sin nada, es el más cruel», dice el vulgo, que se adelantó á los psicólogos, si no en la demostración experimental, en el enunciado del principio del antagonismo que existe entre la atención y el movimiento.) Al contrario, en los experimentos de laboratorio, en los cuales se trata de determinar el umbral del dolor, la mujer se nos aparecería más sensible que el hombre, lo que se debería á que, siendo en estos casos la excitación muy débil y estando dirigida la atención á la prehensión de las sensaciones, éstas serían despertadas más fácilmente en la mujer que en el hombre, por los motivos apuntados. He aquí, pues, explicado el fenómeno paradójal de que la hembra sea en unos casos más sensible y en otros menos sensible que el macho á las excitaciones dolorosas.

Una nueva cuestión se levanta ante nosotros: ¿Por qué la mujer es más sensible que el hombre á las impresiones que despiertan dolor? (1). En el

(1) Insisto en que no se confunda el grado de impresionabilidad con la fuerza de la sensación. En condiciones experimentales, la mujer es más sensible, es decir, más impresionable al dolor que el hombre; pero en el drama de la vida, la conciencia femenina se hace cargo de sensaciones dolorosas menos fuertes.

macho, el cumplimiento normal de sus funciones nunca va acompañado de dolor; la digestión, la función sexual, etc., se realizan sin ningún estorbo, sin que la más ligera incomodidad turbe el bienestar del cuerpo. Por el contrario, si en la hembra las funciones nutritivas se desenvuelven como en el sexo opuesto, no pasa lo mismo con su función sexual. Ya en el momento de la desfloración, la virgen siente el primer dolor fisiológico de su vida; después, durante la gestación, sufre una serie de incomodidades, de molestias *normales*; y por fin, en el momento del parto, al expulsar la matriz el nuevo ser, los dolores se suceden á cada contracción de la extraña musculosa que le prestó abrigo durante los diez meses que duró el desarrollo.

Como se ve, en el sexo femenino la función específica va normalmente, fisiológicamente acompañada de dolor. ¿Sería aventurado pensar que á este dolor fisiológico se debe el mayor desarrollo de la receptividad, ó mejor aún, la menor altura del umbral de excitación? Es un hecho que la gimnasia funcional de un aparato cualquiera lo vuelve más robusto, y ¿no podría decirse que el dolor fisiológico actuó y actúa desarrollando el centro sensible correspondiente? Según esto, resulta que la mayor sensibilidad del sexo femenino no puede mirarse como una señal de superioridad psíquica, sino como resultado de su organización anatómica y fisiológica.

Resumiendo en pocas palabras lo que llevamos

dicho en el capítulo consagrado al examen de la sensibilidad, diremos que la mujer se aproxima mucho más que el hombre al salvaje y al niño. Esta aproximación intelectual está fundada en la mayor delicadeza de sus sentidos, en la duración del tiempo de reacción consciente (mayor que en el hombre), en la energía más grande de sus manifestaciones dolorosas y en el desarrollo menos graduado de su centro inhibitor.

IV

Antagonismo entre las funciones sexual y cerebral.—Pruebas sacadas de la Fisiología y explicación fisiológica de la pobreza mental del sexo femenino.—El pelo y la inteligencia.

Entre la función sexual y la actividad del cerebro, existe un antagonismo que ya ha sido puesto de relieve por algunos psicólogos. Se trata de que las dos funciones enunciadas guardan una oposición fisiológica bien clara; «el aparato genital, lejos de representar, si así puede decirse, un engranaje secundario, representa una función primordial en el organismo femenino» (1); la organización de la mujer está, pues, subordinada á la función principal, soberana de su aparato generador, y su psicología, la debilidad de su espíritu, la organización casi infantil ó salvaje de su cerebro, su belleza... no dependen en último término más que de la arquitectura y funcionamiento del aparato de la

(1) Pozzi, *Traité de Gynecologie*.

generación. Así como Virchow (1) ha escrito que todos los caracteres de la mujer dependen del *ovario*, nosotros podemos decir, desde el terreno en que nos hemos colocado, que la pobreza mental fisiológica del justamente llamado «sexo débil», depende en último análisis de aquella glándula encargada de segregar los huevos que, arribada cierta época, se encuentran en inminencia de ser impregnados por la semilla del macho.

Una ojeada superficial es suficiente para convencerse de que las mamas están más desarrolladas en las mujeres del campo que en las de las ciudades. Este desigual desarrollo de unos órganos que forman parte del aparato generador femenino, no puede atribuirse en totalidad al influjo de la alimentación y de las demás condiciones de vida. Si nuestra campesina respira durante el día un aire más puro que el de la ciudad, en cambio, su hogar, de cubicación insuficiente, unido al establo en donde respiran los animales, constituye un medio poco higiénico para favorecer su desarrollo; no puede, pues, atribuirse á la «pureza del aire» el mayor vigor físico y genital de la mujer campesina; luego, los trabajos penosos á que frecuentemente se entrega, la alimentación poco azoada, etcétera, etc., no son las condiciones más á propósito para alcanzar el más lozano aspecto. Las causas son otras, y para que no se me tache de parcial, al

(1) *Loc. cit.*

exponer más abajo la única explicación que puede darse del fenómeno señalado, dejo la palabra á un hombre que, en el curso de su brillante carrera científica, no se consagró, á lo menos que yo sepa, á estudios de esta naturaleza. Hablando de que las campesinas poseen, como ya dijimos, mamas más desarrolladas que las habitantes de las ciudades, dice que se debe en parte «á que consagrandó (la mujer que ocupa cierta posición social, y no la de la clase obrera) la mayor parte del tiempo, hasta la edad de diez y seis á diez y ocho años, á su educación intelectual, deriva así, en provecho de su aparato cerebral, cierto número de elementos que hubieran debido servir para el desarrollo de los otros aparatos, y muy especialmente del aparato genital». Y añade: «Seguramente llegará un día en que se reconocerá que existe como una especie de compensación entre el desarrollo de las funciones cerebrales y el de las funciones sexuales, y que todo lo que se hace en favor de uno de ambos factores, es en detrimento del otro» (1).

Cuando profundicemos el asunto y tratemos de pesquisar ese «cierto número de elementos» de los que se habla en las líneas transcritas, veremos que puede darse por seguro que corresponden á determinados principios químicos elaborados por una de las principales glándulas de secreción interna, por la tireoides. Por el momento, adelanta-

(1) Testut, *Trat. de anat. hum.*, trad. esp.

mos la idea de que la única explicación posible del antagonismo cerebro-sexual estriba en la admisión que la glándula tirooides vierte en la sangre un compuesto arsenical extraordinariamente complejo; que este principio arsenical, circulante en la sangre, que lo conduce á todos los rincones de la economía, va principalmente á excitar la nutrición del cerebro y del aparato generador; y que cuando es solicitado con energía por uno de estos aparatos, el otro, empobrecido, depauperado, funciona á baja tensión ó hasta puede llegar á atrofiarse. He aquí por qué razón la Química fisiológica—encargada de estudiar estos compuestos, su distribución en el organismo y sus relaciones con el funcionamiento de los distintos tejidos—debe mirarse como una rama de la Biología que puede prestar su concurso á la resolución de nuestro problema psicológico.

Moebius, uno de los principales mantenedores de la indigencia mental fisiológica de la mujer, defiende sus ideas en un libro que alcanzó varias ediciones (1). Moebius fustiga vivamente á los defensores del feminismo; para él la mujer no es «inventora», no puede ser inventora; la pobreza mental de la hembra debe mirarse, no sólo como un hecho real, sino como un hecho *necesario*; y en fin, sienta la afirmación de que la difusión de la cultura está en relación con el decrecimiento de la fecundidad, y admite el antagonismo ya indicado

(1) *Veber deu physiologischen Schwachsin des Weibes.*

entre las funciones sexual y cerebral, con su consecuencia forzosa de que el mayor vuelo de cualquiera de ellas se hace en detrimento de la actividad de la otra.

Yo estoy de completo acuerdo con los puntos de vista sostenidos por Moebius. Para mí, la pobre mentalidad de la mujer es un hecho psico-fisiológico dependiente de la función perpetuadora de la especie; como para Moebius, el antagonismo entre la actividad del cerebro y la actividad del aparato generador es para mí una adquisición positiva demostrable por vía fisiológica. Lo que sí me parece que estas demostraciones no deben llevarse por senderos complicados, sembrados de tropiezos. En lugar de estudiar los fenómenos espirituales más complejos, aquellos que se escapan al examen métrico más riguroso, debemos examinar primeramente los elementos psicológicos. Creo, y no sin sólido fundamento, que las pruebas sacadas de las manifestaciones más elevadas del espíritu humano estarán siempre sujetas á controversia, esto es, que serán miradas por unos á través del feminismo y por otros á través del cristal opuesto; y creo que el método científico no consiste, dentro de nuestro campo, en analizar *d'emblée* la moralidad, las producciones científicas y literarias, la abnegación, etc., etc., de los sexos, sino por el contrario, en sondear las funciones más simples y los aparatos de la economía mediante la balanza, las pinzas y los instrumentos analíticos de que dispone la Psicología. Proce-

diendo de esta manera, podemos contar con una base sólida sobre la cual el porvenir levantará todo el edificio.

Aun á trueque de dilatar el momento de entrar en la explicación fisiológica de la pobreza mental del sexo femenino, no resisto la tentación de transcribir aquí algunos pasajes de Max Nordau (1):

«En los seres vivos diferenciados sexualmente, la fuerza vital y su potencia formadora parecen ser menores—ó por lo menos más inertes, menos explosivas—en la hembra que en el macho. Por qué ello sea así, lo ignoro, pero el hecho parece comprobado; Darwin ha amontonado varios centenares de páginas con observaciones, de las cuales resulta que en la mayor parte de las especies animales, la hembra conserva el tipo de la especie, mientras que los machos se apartan de ella individualmente, con frecuencia de una manera muy considerable. En la hembra, pues, predomina la ley de herencia; en el macho, la ley de formación individual, que yo considero como la ley vital primitiva. Esta relación existe también en la especie humana: la mujer, por regla general, es típica; el hombre, individual; aquélla tiene la fisonomía media; éste, una fisonomía propia. Sin duda, esta aseveración contradice la manera de ver habitual, pero esta manera de ver es falsa; proviene de que ordinariamente se ha tomado la idea que se tiene

(1) *Psico-fisiología del genio y del talento*, trad. esp.

de la mujer en las poesías y en las novelas; los poetas, al describir la mujer, no han partido de una observación concienzuda, sino que han obedecido inconscientemente á excitaciones sexuales. En la literatura, la mujer no es sencillamente una sobria imagen científica, sino la creación ideal de una imaginación de hombre sumida en éxtasis genésico; el poeta no quiere describir, sino galantear; cuando habla de la mujer, no es observador imparcial, sino que instintivamente solicita con afán sus favores. Esto falsea por completo la observación, y puede decirse que la mujer aparece en la filosofía de todos los pueblos y de todos los tiempos, no como ella es en realidad, sino tal como se le figura á su entusiasta enamorado. Esta es la consecuencia natural de que primitivamente la poesía haya sido cultivada únicamente por los hombres; si las mujeres hubieran inventado la lírica y la epopeya, es probable que la imagen de la mujer en literatura hubiera llegado á ser imparcial, y por esta razón, bastante indiferente. Hoy que la producción de novelas, por lo menos en determinados países, es punto menos que un exclusivo trabajo femenino, los autores del sexo débil reproducen también el retrato ideal de la mujer imaginado por el hombre y convertido en tradicional, sencillamente porque las mujeres-autores son incapaces de elevarse por encima de la tradición y de pensar de un modo original...

»Seguramente hay también mujeres que se

pueden llamar originales; pero ¿queréis que os dé un consejo, caros lectores? Guardaos de las mujeres originales; la desviación del tipo en la mujer, de cien veces ochenta es morbosa; la mujer original se distingue de la mujer normal como un tísico de un individuo sano, y en los otros veinte casos que no me es dable interpretar como morbosos, la originalidad es una inversión intelectual del sexo; lo que por esto se entiende, todo el mundo lo sabe: se tiene el cuerpo de una mujer, pero no el carácter, las ideas y las inclinaciones de un hombre, ó recíprocamente. El juicio popular no anda descarriado cuando califica en redondo á una mujer original de *marimacho*; esta expresión lleva consigo la explicación del fenómeno; en cuanto la mujer se sale de la uniformidad, pierde el principal de los atributos psicológicos de su sexo. Puedo hacer notar en apoyo de esta aseveración que las mujeres originales no causan habitualmente impresión sino sobre los hombres de consistencia floja y desdibujada, mientras que los machos con personalidad vigorosamente acentuada se prendan con preferencia de las mujeres triviales; este es un hecho tan frecuente, que es de todo punto superfluo recordar con este motivo el ejemplo de Goethe, Enrique Heine, Byron, Víctor Hugo, etc....

»El predominio de la ley de herencia en el organismo femenino explica también todas las otras singularidades de espíritu y de carácter de la mu-

jer; es casi siempre enemiga del progreso y el más firme sostén de la reacción en todas las formas y en todas las materias. Permanece apasionadamente ligada al pasado y á la tradición, y considera lo nuevo—á menos que sea, por ejemplo, una moda que pueda aumentar el efecto de sus atractivos—como una ofensa personal; reproduciendo servilmente lo que ha visto hacer, transforma, en su inteligencia, la religión en superstición, las instituciones racionales en formas exteriores, las acciones de profundo sentido en ceremonias vanas y las reglas de las relaciones sociales, inspiradas al hombre en un principio por las consideraciones hacia sus semejantes, en etiqueta tiránica y estúpida. En la mujer, aparte las raras excepciones que he admitido, un autómata intelectual que ha de andar hasta el punto de partida, tal y como fué dispuesto, y que no puede cambiar por sí mismo el mecanismo de su marcha.»

En lo fundamental, estas ideas están en perfecto acuerdo con los hechos; pero lo que no comprendo es por qué de cien mujeres originales, la morbilidad sólo ha de hacerse extensiva á ochenta; el veinte por ciento restante que, según Max Nordau, no podría interpretarse como morboso, ¿es de una originalidad distinta de la morbosa? Las cosas me parecen bastante claras á este respecto; sólo un exceso de sutileza es capaz de distinguir estas dos categorías de mujeres originales; porque ¿no debemos considerar como anormal morboso la in-

versión intelectual del sexo? Resulta, pues, que de cien mujeres originales, las cien son degeneradas, sujetos que caen dentro del terreno de la Psico-patología; podrán, eso sí, como dice Moebius (1), parecer bellas, como nos parecen también hermosas ciertas flores degeneradas; podrán los poetas cantar á la mujer ideal, pero todo esto no deja de ser ciertamente una ofensa inferida á la ciencia. La mujer original está con los poetas y con el vulgo en la misma relación que los individuos locos de ciertas tribus salvajes con el resto de sus compañeros que gozan de salud: lo mismo en un caso que en otro, los enfermos son colocados en un altar, ante el que van á postrarse la vulgaridad y la cordura.

Si la originalidad puede ser considerada en el hombre como una ventaja «natural» (2), no pasa lo mismo con la mujer: en ésta el predominio de sus funciones psíquicas, su inteligencia superior á la «media» del sexo realiza justamente una desventaja. ¿Por qué—preguntarán los que ven caer á la mujer de su alto pedestal—, por qué siendo la originalidad una adquisición ventajosa para el hombre, de valor real, no representa en la mujer más que un síntoma de degeneración, un índice morbo-

(1) *Loc. cit.*

(2) Digo «natural» porque, aun en el hombre, llega muchas veces á ser perjudicial; pero hay que tener en cuenta que una ventaja natural puede devenir una desventaja dentro de las condiciones artificiosas de nuestra sociedad.

so? La respuesta se adivina si se tiene presente la oposición que existe entre las funciones del cerebro y del aparato generador; la fuerza del espíritu se desarrolla á expensas de la fecundidad, de la potencia generadora; la mujer *sabia* está fatalmente condenada, ó á la esterilidad, ó á ser poco fecunda, ó en fin, á echar al mundo seres enfermizos, raquíticos, que, si se logran, se encontrarán colocados en situación muy desventajosa enfrente de los obstáculos que se oponen al libre desarrollo de la vida física y espiritual. En consecuencia, la originalidad, siempre morbosa, de la hembra, supone una desventaja, en tanto que *ella* es la encargada de nutrir al nuevo ser. La originalidad femenina perjudica la conservación, la belleza y el vigor de la especie.

Uno de los puntos que debe mirarse como prueba de la degeneración á que ha llegado la mujer, es el de que las mujeres de nuestras ciudades precisan guardar, después del parto, una serie de preceptos higiénicos conducentes á evitar multitud de enfermedades. Las mujeres salvajes vuelven, inmediatamente después de parir, á sus quehaceres; en ciertos pueblos de escasa civilización, á seguida del libramiento de la mujer, el padre de la nueva criatura ocupa el tálamo, mientras la madre se entrega á los quehaceres de costumbre; y «cuando las tribus indias están en camino de la batalla y las mujeres sienten los dolores del parto, se retiran á un lado, paren rápidamente, y cargadas con el

niño, vuelven á alcanzar la tribu» (1). Entre nuestras mujeres, sobre todo en las del campo y en las de la clase trabajadora de las ciudades, no es raro ver cómo, después del parto, se entregan, ya casi inmediatamente ó ya al cabo de muy pocos días, á las ocupaciones que les proporcionan el sustento. En vista de esto, ocurre preguntar, como hace Olhausen, si el mayor número de cuidados que precisan nuestras mujeres—sobre todo las de las clases elevadas—es resultado de los «refinamientos de la actual sociedad».

Á la anterior pregunta debe suceder una respuesta afirmativa, pero con la adición de que, más que de nada, es resultado de la educación que reciben nuestras jóvenes. Entregadas las más (me refiero á las muchachas de las clases acomodadas y nobles, y no á las campesinas) á estudios variados, de música, pintura, ciencias, etc.; consagradas á gastar su cerebro leyendo versos y literatura, haciendo novelas (en lugar de hacer calceta), etcétera, dañan sin saberlo su aparato genital, dejándolo en un estado de gran debilidad. La mujer culta, erudita, alimenta su cerebro, pero desnutriendo sus ovarios y su matriz, y cuando lleva en sus entrañas el producto de sus amores, desnutriendo á éste. ¡Cuánto mejor no sería para la especie en general que se entregara á cuidar su aparato generador, absteniéndose de violentar su organis-

(1) Olhausen. *Trat. de obstetricia*, trad. esp.

mo con cargas espirituales demasiado pesadas! Pero desgraciadamente somos víctimas de una epidemia, que tardará en desaparecer de entre nosotros.

La mujer, por muy *sabia* que sea, no puede llegar á adquirir un estado mental que iguale al del hombre superior; es decir, que la hembra humana no puede pasar, á lo sumo, de los linderos del talento, pero sin penetrar jamás en el jardín de la genialidad. Á fuerza de violencias, podrá asimilar las «peptonas espirituales»—según la frase felicísima de Max Nordau—; pero su cabecita no llegará á concepciones geniales; es decir, no arribará nunca á ser genial. Podrá aprender idiomas, sabrá hacer versos, etc., pero sus conocimientos y sus producciones llevarán el sello de la mediocridad; sin embargo, cuando tropezamos con una mujer «superior», esto es, superior al resto de los individuos del mismo sexo, inmediatamente brotan de nuestros labios los adjetivos más caros y á los cuales sólo tienen derecho algunos hombres; la llamamos *sabia*, *genial*, etc., pero resulta que si comparamos su inteligencia con la inteligencia media del macho, esta mujer excepcional no sobrepasa el nivel medio de la psiquis masculina. Todo el secreto de que las mujeres originales sean más populares (quiero decir, más conocidas en el ambiente intelectual) que muchos hombres de talento, reside en que aquéllas son más escasas en número y en que pertenecen además al sexo hacia donde van dirigidas todas las galanterías del sexo fuerte.

Esta impotencia innata de la mujer es un hecho dependiente de su organización fisiológica. Hemos dicho que la mujer que alimenta su cerebro á expensas de su aparato generador, debe considerarse como morbosa; pero la hembra, por mucho que exprima sus órganos sexuales para dar una nutrición más succulenta á su cerebro (congénita y naturalmente peor organizado que el del macho), no puede llegar á la cumbre, porque, en medio de todo, conservará siempre un resto, más ó menos grande, de su carácter específico, *resto* que absorberá una parte de los principios que van también á nutrir y excitar el órgano del pensamiento.

Es cierto que en la mujer predomina la ley de herencia específica, en el sentido que se desprende de los pasajes transcritos de la *Psico-fisiología del genio y del talento*. Como sabemos, la mujer se parece más que el hombre, bajo el punto de vista de la conformación cerebral, al niño y al salvaje; bajo el aspecto, ya estudiado, de la sensibilidad, conserva mejor que el hombre los rasgos de nuestros antepasados cavernícolas ó de sus representantes actuales, y en fin, la sensibilidad más grande para el dolor, que parecía un signo de superioridad, ha sido reducida más atrás á los términos justos del problema, comprendiéndola como una consecuencia lógica de la existencia del factor doloroso que acompaña á ciertos estados de la función sexual (1).

(1) Añadiría, sin embargo, que además de ser la sensibilidad más desarrollada (del oído, del tacto, del olfato y del gus-

Otro problema que salta á la vista es el de fijar la intervención que pueda tener la originalidad femenina en el desarrollo de sus amores. Al decir de Max Nordau, los hombres de consistencia intelectual débil son los que se enamoran más frecuentemente de las «intelectuales», mientras que los machos vigorosos sienten más afinidad por las mujeres sencillas y vulgares. ¿Qué explicación cabe dar de este fenómeno psicológico? Si pensamos, como dice Mantegazza (1), que el amor no nace entre individuos muy desemejantes ó entre los muy parecidos, se comprende la razón de aquel hecho; nosotros no amamos á una mujer que tenga muy desarrollado el bozo, ó que tenga barba ó que carezca de senos femeninos, es decir, que no somos

to) un signo de inferioridad, el mayor desarrollo del sentido del dolor no debe considerarse como un signo indicador de superioridad, sino como un efecto del desarrollo primordial de la atención y de la disminución del poder receptor de los otros sentidos; y como una prueba más de mis ideas á este respecto, se me ocurre citar en este momento la *asimetría en el desarrollo de los sentidos y del cerebro*, asunto regularmente estudiado en estos últimos tiempos en el sentido fisio-patológico.

De observaciones clínicas y fisiológicas se desprende que una de las mitades de nuestro cuerpo posee una sensibilidad más exquisita que la otra mitad (el «hombre izquierdo» es más débil que el «derecho», ó á la inversa), y que, precisamente, la mitad hiperestésica corresponde al lado «débil», es decir, á la mitad del cuerpo en la que son más frecuentes los procesos patológicos.

V. Molle, *L'homme droit et l'homme gauche*, París, 1905.

(1) *Fisiología del amor*.

capaces de sentir amor por una mujer que se parezca físicamente al tipo masculino. Igualmente, las inteligencias masculinas no se prendan en general de aquellas damas que, intelectualmente, se aproximan al nivel medio del macho; también deja verse con alguna frecuencia el caso inverso: un hombre afeminado, de voz de tiple, imberbe, de físico delicado, se enamora de una joven hombruna, de un *marimacho*; y por fin, no es difícil tropezar con uno de esos jovencitos sentimentales, soñadores, generalmente de pobre inteligencia y grandes melenas, enamorado de una hembra de espléndida psicología, de brillante inteligencia. Como en las uniones determinadas por afinidad interna no se buscan los sexos ni muy distanciados ni muy parecidos, de ahí también que los hombres cultos no sientan amor hacia las mujeres, no sencillas, sino ordinarias.

No sé si sería aventurado decir que las mujeres originales están incapacitadas para amar con la fuerza y pasión de las mujeres poco «complicadas». El amor brota misteriosamente de las entrañas, de aquellas entrañas que están en más íntima relación con la función conservadora de la especie; el corazón, esa bomba que bate con violencia ó con pereza, según los casos, y en el que han colocado los poetas el centro del sentimiento, no interviene más que de un modo muy secundario en el nacimiento de la pasión tan pródigamente cantada; pero si la bomba que hace circular la sangre no

influye en gran escala, los sentidos, en cambio, toman una parte bastante activa en la aparición y desarrollo del amor. Este sentimiento principia á fluir del manantial exclusivo de cada sexo, viniendo luego á ser alimentado por las impresiones que se retratan en la película de nuestro cerebro.

Algunos fisiólogos han tratado de determinar á qué causas obedece aquel sentimiento, y se ha llegado á establecer que pueden referirse á cuatro órdenes distintos: 1.º, á una organización especial de los sexos; 2.º, á una disposición local de los órganos de la generación; 3.º, á las impresiones que nos vienen por los sentidos, y 4.º, á las sensaciones que actúan sobre los órganos genitales, despertando una sensación. Á este último orden de causas obedece el amor platónico, que «á pesar de las goces indecibles que procura, siempre tiene por objeto la reproducción, aun sin saberlo las personas enamoradas una de otra; y aun cuando no se haya calculado la caída, llegará inevitablemente, porque en nuestra naturaleza el placer uniforme se embota pronto y exige nuevos goces» (1); es decir, que allá, en el fondo del amor más puro, siempre está alerta el «genio de la especie», como diría Schopenhauer.

El estímulo al amor parte de los órganos de la generación; la impresión interna, nacida á este nivel, en cierta época de la vida, nos hace experi-

(1) Fouilhoux, *Fisiología del hombre*.

mentar al principio una sensación vaga y desconocida de una necesidad; y ese látigo que nos fustiga, que nos lanza en la senda de una ignorada y nueva vida, está representado por el crecimiento de los órganos genitales. Ahora bien; en la mujer original, la nutrición del aparato generador es, como veremos, insuficiente, porque los materiales que deberían nutrirlo son derivados hacia el cerebro, y por consiguiente, debilitándose ó aboliéndose el aguijón interno del amor, disminuye ó pierde toda su fuerza este sentimiento (1). No pecaría de exagerado si dijera que el estudio profundo de las biografías de mujeres célebres nos conduciría, sin excepciones notables, á afirmar más y más esta impotencia sentimental de las mujeres *sabias* (?).

Por lo demás, parece que los mismos organismos elementales dan un buen ejemplo á nuestras grandes mujeres. Los protistas y muchas células animales y vegetales dotadas de gran movilidad,

(1) Ocultándose detrás de la cortina del platonismo el verdadero fin del amor—la reproducción—, y siendo un punto demostrado fisiológicamente que la excitación interna de los órganos genitales dispone y determina el abrazo, no me parecen muy aventuradas estas ideas. No se olvide que se han visto hombres con la médula seccionada copular y tener descendencia; ni se olvide tampoco el clásico experimento que consiste en rozar con el dedo del experimentador el pecho de una rana macho decapitada; el animal se abraza á la causa de la excitación, como si abrazara á su hembra. En este caso el estímulo al abrazo parte de los testículos repletos de licor fecundante.

se detienen y quedan suspensas mientras dura el proceso de la multiplicación, hasta el punto de haber deducido de este fenómeno la existencia de cierto antagonismo entre la reproducción y el movimiento (1). ¿No parece indicar esto que durante el proceso de la multiplicación celular se consume cierta dosis de energía, que se sustrae en detrimento de la motilidad? Pues un fenómeno parecido se desarrolla en la mujer, de la que puede decirse que «la gestación y la lactancia constituyen su estado normal» (2). La mujer, para desempeñar bien su cometido en la vida, requiere quietismo, sobre todo quietismo psíquico, para que su aparato generador y el producto de la concepción, cuando llegue á llevarlo en sus entrañas, se desarrollen lozana, vigorosamente; y si la mujer salta por encima de esta lección que le dan los protistas, es decir, si se empeña ó es forzada al cultivo de su inteligencia, verá como es incapaz de procrear hijos bellos y fuertes, como es impotente para sentir una fuerte pasión hacia el hombre, y como, á pesar de sus esfuerzos, no pasará de los linderos de las medianías intelectuales del sexo opuesto.

*
* *

(1) Carpenter, cit. por Sergi, *La Psiquis*, etc.

(2) Pozzi, *loc. cit.*

Antes de abordar la explicación fisiológica de la inferioridad psíquica del sexo femenino, es conveniente hacer un resumen acerca de la acción que tienen ciertos principios del cuerpo sobre los procesos nutritivos de las células.

En la constitución del organismo entra una substancia muy importante, excitadora de la nutrición de todos los tejidos; este principio, especie de grasa fosforada, llamada lecitina, reside especialmente en el citoplasma de las células, mientras que las albúminas fosforadas residen de preferencia en los núcleos (1). La lecitina, que se halla en gran proporción en los organismos jóvenes, ha sido mirada, no como un producto de desecho, sino más bien como un principio que juega un importante papel en el desarrollo de los tejidos (2). Las investigaciones emprendidas á este respecto por los químicos, han conducido á demostrar la suposición anterior, poniendo de manifiesto el poder que tiene la lecitina de activar el desarrollo de los organismos. En efecto, los renacuajos y los huevos de rana que viven en un medio al que se ha añadido previamente algo de lecitina, se desarrollan con más rapidez que otros huevos y larvas de contraprueba no sometidos á la influencia de la lecitina (3); los animales de temperatura constante,

(1) Danylewsky, *Com. verb.* á Ives Delage, *loc. cit.*

(2) Beaunis, *Traité de physiologie humaine*, 1888.

(3) Danylewsky, *Compt. rend. de l'Academie des Sciences*, CXXI.

como los perros, también experimentan un aumento de peso, aunque relativamente mucho menor que el que experimentan los organismos de sangre fría (1); los conejitos de Indias son influidos de la misma manera (2), y lo mismo acontece con los niños (3). Finalmente, la lecitina goza de la propiedad de tonificar las células nerviosas, puesto que levanta en los deprimidos el tono del sistema cerebro-espinal y acrecienta la vivacidad del espíritu (4).

Pero además de las lecitinas, cuyo papel acelerador del quimismo nutritivo está fuera de duda, existen en los elementos organizados otros principios químicos más complejos, á los cuales se atribuye también una función análoga; estos principios son las *nucleínas*, habiéndose demostrado que la inyección de estas substancias fosforadas produce la multiplicación de las células blancas de la sangre (5) y el crecimiento de los demás elementos celulares de la economía.

Por otra parte, el arsénico entra en la constitución del protoplasma, siendo, según Bertrand (6), que lo encontró en un gran número de organismos, un elemento esencial de la materia viva. Gautier

(1) Danylewsky, id., CXXIII.

(2) Desgres y Zaky, *Compt. rend. Societé de Biologie*, LII.

(3) Carrière, *Compt. rend. Acad. des Sciences*, CXXXIII.

(4) Danylewsky, *Neurologische Centralblatt*, 1900.

(5) Horbaczewsky, *Allg. Wiener med. Zeitung*, 1892.

(6) *Annales de l'Institut. Past.* XVII.

ha encontrado el arsénico en muchos de los tejidos humanos y animales (1); y como estas pesquisas de Gautier son interesantes para nuestro objeto, me permito copiar aquí los párrafos más salientes de su trabajo:

«El arsénico existe en la glándula tireoides del hombre (7'5 mmgs. por kg.), cerdo (3'2 mmgs. por kilogramo) y carnero (0'5 mmgs.); en el timo (0'15 mmg. por kg.), en la mama de la vaca (1'3 miligramo), en los pelos, cabellos y cuernos, piel, huesos y leche (en proporción decreciente)... No existe arsénico en los músculos, hígado, bazo, riñón (del cerdo), glándulas salivares (del buey), mucosa estomacal é intestinal; tampoco existe en el tejido celular subcutáneo, glándulas linfáticas, pulmón, cápsulas suprarrenales, médula ósea, testículo de animales adultos, ovario y útero de la vaca en estado gravídico ó de vacuidad, sangre y en la lechecilla del arenque. En cambio, existe arsénico en la *sangre menstrual* (0'28 mmgs. por kilogramos) y de una manera que me parece intermitente en la leche y en el cerebro.

Los núcleo-proteidos tireoidianos «van á excitar la vitalidad y reproducción de las células de los diversos tejidos, y particularmente los núcleo-proteidos arsenicales, unidos á los proteidos yodados y bromados, son atraídos por los órganos de origen ectodérmico, que los utilizan para su entre-

(1) *Rev. Gener. des Scienc.*, 1901.

tenimiento... El exceso de las arseninucleínas que no se emplea para excitar la vitalidad y reproducción de los tejidos, es eliminado por el menstruuo... El hombre elimina los núcleo-proteidos yodo-arsenicales por el renuevo de las uñas, de los cabellos, de la barba y la descamación epidérmica, todo lo cual corresponde, bajo este punto de vista, á la pérdida menstrual de la mujer... En los animales de sangre caliente, cubiertos de plumas ó pelos, estos apéndices caen después de la estación de los amores, lo cual quiere decir que los proteidos tireoidianos que no son utilizados en la nutrición de la piel y de sus apéndices refluyen, en aquella estación, hacia el dominio genital, provocando la superactividad».

Es probable que el arsénico se encuentre en la economía bajo la forma de lecitinas y nucleínas arsenicales. El fósforo de las lecitinas y nucleínas tiende á ser sustituido poco á poco por el arsénico, sobre todo en los principios del sistema nervioso (1); en la intoxicación arsenical, el veneno se fija con predilección en el cerebro y médula (2); cuando se abandona arsénico en la cavidad del peritoneo, son los leucocitos de la sangre los que se cargan de aquel elemento (3), distribuyéndolo qui-

(1) A. Gautier, *Compt. rend. Acad. d. Scienc.*, LXXX.

(2) Cit. por Mauquat, *Traité de Therapeutique, de matière médicale et de pharmacologie*, 1903.

(3) Beresca, *Ann. de l'Inst. Pasteur*, 1899.

zá más tarde por los diversos tejidos; y, según Renant (1), el arsénico tomado como medicamento se fija sobre todo en los elementos nerviosos, disminuyendo la excitabilidad de los mismos.

Esta predilección del arsénico por el tejido nervioso es sumamente interesante para nosotros; y si admitimos que el cerebro del hombre es más rico que el de la mujer en principios arsenicales—lo cual constituye una inducción bastante fundada, como veremos más tarde—se comprende por qué aquél es menos excitable que ésta, y por qué el tiempo de reacción es menor en el hombre que en la mujer. En efecto, se sabe que los venenos que aumentan la duración del tiempo reflejo y del tiempo de reacción consciente aumentan al mismo tiempo la excitabilidad, y á la inversa, obran las sustancias tóxicas que disminuyen el poder excitador del sistema nervioso, las cuales rebajan paralelamente el valor del tiempo de reacción; de donde resulta que el cerebro del hombre, mejor nutrido que el del sexo femenino, es menos impresionable y reacciona más rápidamente que el cerebro de la mujer. Pudiera citarse también en apoyo de esto el hecho de que, en algunas enfermedades nerviosas, coinciden una nutrición insuficiente y un aumento exagerado de la excitabilidad general. En este orden de ideas, la mujer estaría respecto del hombre en la misma relación que un individuo de sis-

(1) *Acad. de Médecine*, Ma, 1899.

tema nervioso mal nutrido é impresionable con otro sujeto normal.

Para completar estas nociones preliminares, que servirán de base á nuestra explicación fisiológica de la indigencia mental del sexo femenino, falta hacer una somera descripción del cuadro clínico que trae en pos de sí la extirpación de la glándula tireoides. La tireoides pertenece al grupo de las llamadas glándulas cerradas, esto es, sin conducto excretor, que vierte sus productos directamente en la sangre. Situada en el cuello, por delante de los primeros anillos de la tráquea, está formada por multitud de vesiculitas compuestas de células secretoras: estas vesículas, que están separadas unas de otras por tejido conjuntivo (véase la Fig. 10), por el cual discurren los vasos, contienen una substancia coláide elaborada por las células secretoras.

La extirpación de la glándula tireoides (1)—*tireoidestomía*—acarrea un conjunto de trastornos, pero de entre ellos, nosotros examinaremos los más directamente relacionados con nuestro punto de vista particular. Se ha demostrado, de una parte, que la operación de la tireoidestomía desarrolla trastornos en el sistema nervioso, representados, sobre todo, por convulsiones y disturbios cerebra-

(1) Los que deseen conocer los pormenores acerca de la función de esta glándula, pueden consultar la obra del doctor Gómez Ocaña, profesor de Madrid, *La tireoides*.

les: los perros operados reaccionan lentamente á las excitaciones fuertes, al paso que no reaccionan á estímulos débiles, y en los macacos se comprueba falta de vivacidad, apatía, torpeza (1). Por otra parte, en el hombre se observa con bastante frecuencia el cretinismo, coincidiendo con procesos

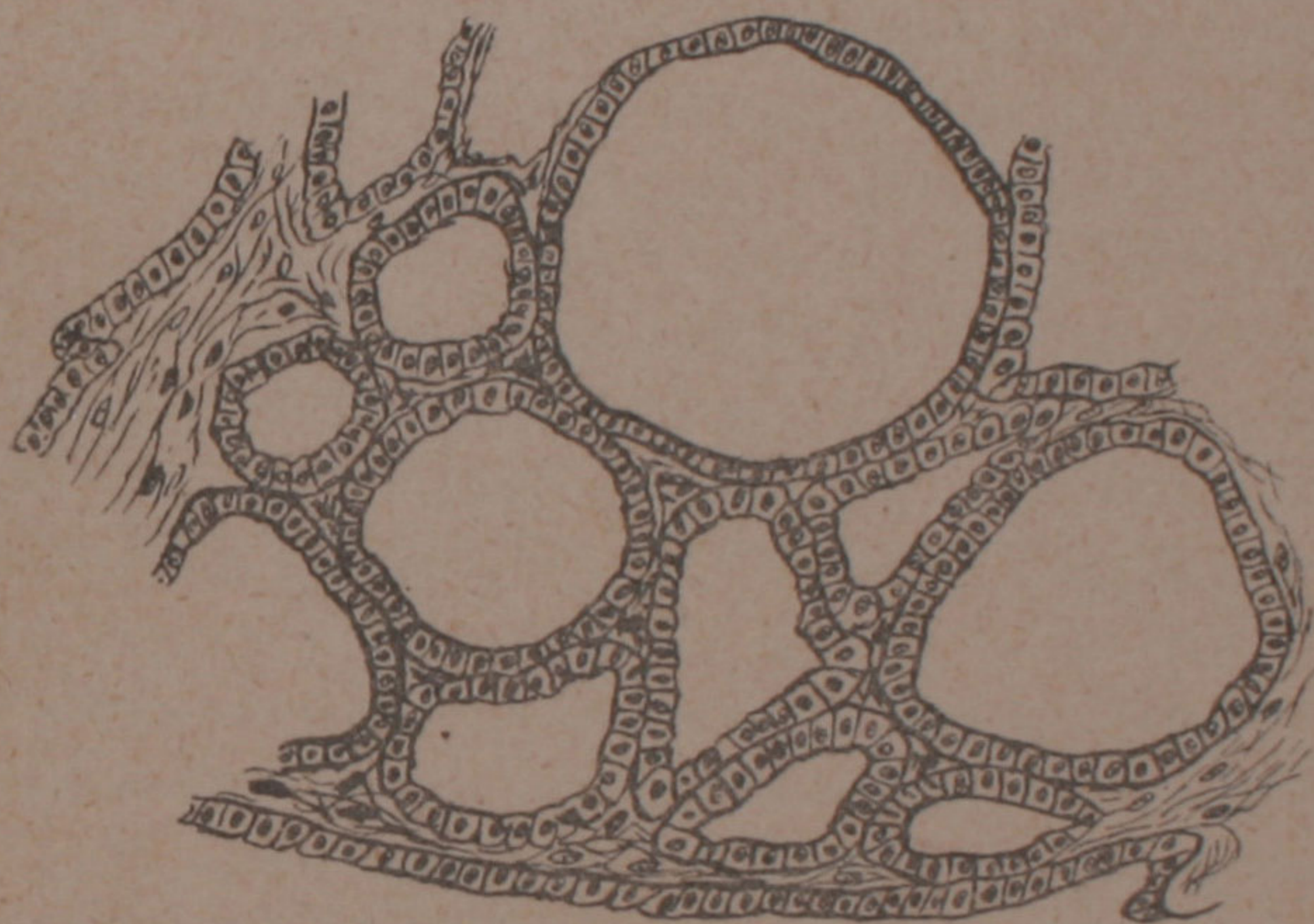


FIGURA 10

degenerativos de la tireoides, y después de la operación del bocio, realizada con un fin curativo, se ve desarrollarse una serie de síntomas nerviosos (2), tales como depresión psíquica, debilidad de la memoria, lentitud de la locución y de los movimien-

(1) Capobiamio, *Atti dell Congresso*, 1894.

(2) Véase los tratados de cirugía.

tos. En algunos casos en los que se hizo el examen necrético de los animales tireoidectomizados, se observaron diversas lesiones vasculares y degeneraciones de las células nerviosas (vacuolización celular, atrofia simple y degeneración granulosa de las células, apoplegias, dilatación de las lagunas perivasales, curso serpentino de las pequeñas arterias y escudados plasmáticos) (1).

En los animales operados se ha visto también sobrevenir la caída de los pelos, y en el hombre trastornos de la piel y de sus apéndices; pero lo que más debe interesarnos en este momento es la indicación de los disturbios que sufre el aparato genital. En primer lugar, se observa muchas veces la disposición infantil de los órganos genitales en los cretinos, y por lo que respecta á los animales, Lanz (2) ha demostrado que, como consecuencia de la extirpación de la tireoides en los pollos, éstos ponen huevos de tamaño más pequeño que los individuos no operados. Estos hechos resultan más completos si añadimos que, durante el embarazo, aumenta el volumen de la glándula, aconteciendo lo mismo durante cada período menstrual. En pocas palabras: podemos decir que la tireoidectomía «detiene, sobre todo, el desarrollo de los huevos, de los órganos genitales y de la inteligencia» (3).

(1) Capobiamo, *loc. cit.*

(2) Cit. por Morat et Doyon, *Trait de Physiologie.*

(3) Morat et Doyon, *loc. cit.*

Todos los trastornos consecutivos á la extirpación de la tireoides se han explicado en un principio diciendo que la glándula segregaba una substancia cuyo papel era tonificar el sistema nervioso (teoría de Schiff). Hoy, sin embargo, la explicación más en boga sostiene que los síntomas de la tireoidectomía provienen de una intoxicación del organismo, intoxicación que se desata porque falta el principio antitóxico que se supone vertido en la sangre por la tireoides. Tanto la doctrina de que la tireoides segrega una substancia favorecedora de la eliminación de substancias tóxicas por el riñón, como la idea de que los síntomas morbosos de la tireoidectomía son originados por el acumulo en el organismo de principios venenosos originados en los tejidos, especialmente en el muscular, se han edificado sobre la base de las investigaciones realizadas acerca del poder tóxico comparado del suero sanguíneo y jugo muscular de perros operados y normales, y sobre los experimentos de transfusión sanguínea entre animales sanos y tireoidectomizados. Yo deseo examinar brevemente los hechos que sirven de apoyo á la hipótesis de la función antitóxica de la secreción tireoidea, y como veremos, todos ellos pueden interpretarse sin gran violencia en el sentido de la antigua teoría de Schiff.

Hay que distinguir la función directa de la secreción tireoidea de la función indirecta, siendo ésta consecuencia de aquélla, ó sea de la función

excitadora que ejerce sobre las células del organismo. El parecido que existe entre la uremia (intoxicación producida por los productos de la orina cuando no pueden ser expulsados de la economía, á causa de ciertas enfermedades del riñón) y los fenómenos morbosos de la caquexia estrumipiva, ha llevado á Luciani (1) á pensar que las sustancias elaboradas por la tireoides ejercen un papel excitador sobre la nutrición del epitelio renal. Ahora bien; cuando los principios tireoidianos dejan de formarse, las células del riñón degeneran, enferman, y entonces los productos urinosos, incapaces de filtrar á través de la glándula enferma, provocan todos los síntomas observados en los animales operados de tireoidectomía.

Si la teoría de la función antitóxica de la tireoides ha sido establecida á la luz de los resultados obtenidos en una larga serie de investigaciones, insisto, sin embargo, en considerar aquella función como indirecta, es decir, subordinada á la función excitadora y trópica de los principios tireoidianos. Los trastornos psíquicos, sensibles y motores de los animales operados se deberian realmente á la ausencia de las sustancias excitadoras elaboradas por la tireoides, las cuales estarían encargadas en el organismo normal de activar la nutrición de las células nerviosas y de los órganos generadores; y sólo más tarde, cuando el riñón

(1) *Fisiología humana*, trad. esp.

enferma, se sumarían á los fenómenos morbosos primitivos los trastornos secundarios ó tóxicos producidos por la insuficiencia del filtro renal.

Se hace la transfusión sanguínea recíproca directa entre dos perros, uno normal y otro en el auge de la tetania estrumipsiva, y mientras en el último cesan los fenómenos tetánicos, en el perro normal se despierta una gran depresión nerviosa, se muestra lánguido, perezoso, abatido. Según la doctrina más en boga, los productos tóxicos contenidos en la sangre del animal operado producen, transfundidos al perro normal, el abatimiento que ahora se observa en éste; al contrario, en el perro que momentos antes se encontraba en plena tetania desaparecen ahora los fenómenos tetánicos, porque por su árbol circulatorio discurre una sangre (la transfundida del animal sano) muy pobre en substancias tóxicas.

Esta es la explicación que se da generalmente; pero según la casi abandonada teoría de Schiff —teoría digna de ser resucitada y apoyada por las recientes investigaciones—, la explicación de todos los fenómenos observados en esta clase de experimentos no resulta menos clara. Antes de practicar la transfusión, la sangre que circula por los vasos del perro operado no lleva la menor traza de principios «excitadores y tónicos»; las contracciones fibrillares de los músculos, la apatía, la expresión sensible y la pereza de las reacciones del animal se deberian á trastornos nutritivos de las células

nerviosas; y esta relajación de los procesos nutritivos, originada por la falta del estímulo fisiológico representado por los principios arsenicales tireoidianos, sería la causa inmediata de los fenómenos cerebrales morbosos. Y si los fenómenos tetánicos desaparecen después de la transfusión de sangre de un perro normal, esto puede explicarse teniendo en cuenta que la sangre que ahora circula por sus vasos, la sangre que baña los nervios y células centrales, lleva una provisión de arsénico orgánico capaz de levantar el tono perdido, de restablecer el movimiento nutritivo de las celdillas cerebrales; mas tan pronto son consumidos aquellos principios, reaparecen los síntomas tetánicos, porque el animal no puede elaborarlos por sí mismo.

El perro sano, ¿por qué se muestra abatido y por qué se restablece pasado algún tiempo de la transfusión de sangre de otro perro operado y en pleno período tetánico? He aquí un problema cuya resolución es extremadamente fácil, según la teoría de Schiff. En el torrente circulatorio del animal sano se ha introducido una sangre que no es portadora de la más pequeña cantidad de arsénico orgánico; los centros nerviosos, que no son vivificados, excitados en su metabolismo, sufren las amargas penalidades de una necesidad no satisfecha; su nutrición decae, y en sus celdas, en sus fibras de múltiples arborizaciones, se va nublando lentamente la luz del alma. ¿Hasta cuándo durará ese lastimoso estado? Pronto pasará. La tireoides sigue vertiendo

sus productos vivificadores en aquella sangre extraña y exhausta, y cuando la masa roja de la savia se encuentre con suficiente proporción de substancias neurotónicas; cuando la sangre vuelva nuevamente á depositarlas en los últimos rinconcitos del plasma nervioso... entonces cesará el abatimiento del cerebro, entonces despertará el alma de su doliente letargo.

En apoyo de la doctrina antitóxica de la secreción tireoidiana, se citan los resultados obtenidos acerca de las diferencias que existen entre el poder tóxico del suero sanguíneo y jugo muscular de animales operados y de animales en estado fisiológico. Tanto el suero como el jugo de los músculos de un perro tireoidectomizado, poseen un poder tóxico bastante más grande que el del suero y jugo del perro normal, habiéndose sacado de estas observaciones una prueba confirmativa de la hipótesis sobre la función antitóxica de la tireoides. Sin embargo, me parece que las cosas podrían explicarse de otra manera. La mayor toxicidad de los humores de animales operados, comparativamente á la de animales sanos, se debería á las dos circunstancias siguientes: de una parte, á las lesiones nutritivas del riñón, que dificultan la eliminación de los productos originados en la desasimilación de los tejidos; y de otra parte, á las contracciones tetánicas, que aumentan la formación de venenos musculares.

La función de la glándula tireoides debemos

comprenderla de la manera siguiente: *Las células secretoras de las vesículas* (v. fig. 10) *elaboran unos compuestos orgánicos, en los cuales entra el arsénico; estos principios—especies de substancias-fermentos, porque bastan proporciones infinitesimales para entretener las necesidades del organismo—, vertidos en la sangre, van á excitar especialmente la vitalidad de los tejidos ectodérmicos de la piel, cabellos y uñas en el hombre (plumas, cuernos y cascos en los animales), DEL CEREBRO y MÉDULA, órganos estos últimos que no son más que derivaciones de la piel primitiva ó ectoderneo embrionario; además, LOS ÓRGANOS DE LA GENERACIÓN son también animados por los principios tereoidianos, y si, como hoy tiende á confirmarse, el arsénico constituye uno de los elementos esenciales de la materia viva, resultaría que todas las células vivas del organismo son excitadas por los principios excitadores segregados por la tireoides.*

En vista de esto, no es difícil explicar el antagonismo funcional que existe entre los tejidos de procedencia ectodérmica y el aparato genital. Cuando los principios arsenicales son derivados hacia cualquiera de estos polos, el otro sufre la privación correspondiente, y en consecuencia, se debilita y termina por degenerar. En un grado extremo, cuando no hay derivación en favor de uno de los dos aparatos mencionados, es decir, cuando se suprime la función tónica y excitadora de la secreción tireoidea, degeneran á un tiempo

las funciones sexual y cerebral, como acontece en el cretino, en los enfermos operados de bocio y en los animales á los que se les extirpa la glándula tireoides.

En la época de mayor actividad sexual, época en la cual refluyen los compuestos arsenicales en gran proporción hacia el aparato generador, los apéndices epidérmicos, insuficientemente nutridos, caen, para renovarse más tarde, una vez pasada la crítica estación de los amores.

En tanto la niña no llega á ser mujer no se presenta, como es sabido de todo el mundo, el período menstrual; durante el desarrollo, en los primeros años (en el primer decenio de la vida, ó mejor, entre el primero y segundo decenio), la niña aprovecha su capital de arsénico «en el crecimiento del cabello» (1), y más que nada, en la formación definitiva de su cerebro; pero tan pronto estos tejidos llegan á la cumbre de su evolución, entonces es cuando el arsénico excedente se elimina por el flujo periódico, flujo ó emisión rico en arsénico (0'28 mmgs. por kg.) Á partir, pues, de la época del establecimiento de las primeras flores rojas, los compuestos arsenicales elaborados por los elementos secretores de la tireoides van á excitar principalmente los órganos genitales, determinando en ellos una actividad nutritiva muy intensa (2). Por

(1) Gautier, *Rev. General. des Scienc.*

(2) Roberto Nóvoa, *La clínica moderna*, 1907.

otra parte, se citan casos de rasuraciones extensas del cabello que han provocado la cesación de los periodos menstruales, fenómeno sólo comprensible si se tiene en cuenta que, en estas condiciones, las nucleínas arsenicales atraídas hacia la piel dejan de avivar la nutrición de los órganos sexuales.

Durante el embarazo, el arsénico, que antes se eliminaba por las *reglas*, se aprovecha en la nutrición del nuevo ser; éste precisa para su desarrollo compuestos arsenicales que nadie más que la madre puede suministrarle, y en su consecuencia, la tiroides se hipertrofia. Pero al parecer esto no es suficiente, porque durante la preñez se pueden observar con mucha frecuencia trastornos nutritivos de la piel y sus apéndices, como los pelos y uñas, que llegan á adelgazar notablemente (1). ¿No debe sufrir también la nutrición del cerebro? ¿no podría explicarse por esto los trastornos que se revelan frecuentemente en el carácter de las embarazadas? En último término se debería todo á la deficiencia de compuestos arsenicales en la piel y en el cerebro, como consecuencia de su reflujo hacia los tejidos del ser que se encuentra en plena evolución.

Durante el período de la lactancia, «si el arsénico se elimina por la secreción de la mama—arsénico que va á estimular los procesos nutritivos del infante—, no debe haber, teóricamente hablando,

(1) Cit. por Ribemont-Lepage, *Trat. de Obst.*, traducción española.

período menstrual; y si las épocas menstruales existen, la leche debe experimentar un descenso en la curva de su valor nutritivo... Cuando en una mujer que ha parido y que cría se establecen las reglas, se aprecia una disminución en la cantidad de leche segregada; mas tan pronto pasa esta fase de la vida genital, el niño continúa aumentando su peso, pero más *rápidamente* que durante el tiempo correspondiente á la secreción hemorrágica del útero». Y añadía: «Como en la época menstrual las nucleínas arsenicales son eliminadas por la sangre, la leche contendrá en este momento escasa cantidad de aquellos principios; mas desde el instante de cesación de la hemorragia uterina, las arseninucleínas, derivadas hacia la mama, son expulsadas por la secreción láctea; y esta leche, rica entonces en substancias excitadoras de la nutrición, provocaría una exaltación del anabolismo del niño, *que crecería con más rapidez*, mientras que cuando la leche es pobre en nucleínas arsenicales (y esto acontece en los períodos críticos), *disminuye el coeficiente del crecimiento del infante*.

»Una explicación parecida cabría dar de la involución genital exagerada, dependiente de una lactancia excesivamente prolongada: para esto no habría más que tener en cuenta que las nucleínas arsenicales son necesarias para el desarrollo de los tejidos componentes del útero normal» (1).

(1) *Loc. cit.*

«Otro de los múltiples puntos que demuestran la subordinación de todos los procesos vitales á la función reproductora, es el siguiente: en la época de la reproducción del salmón del Rhin, cuando se acrecienta la formación de lecitinas en el huevo, los músculos del animal adelgazan de un modo notable, porque según Mieseher, «las combinaciones características del huevo (muy rico en lecitina y nucleínas) toman nacimiento, bajo la influencia de las transposiciones químicas más profundas, de las materias albuminoideas, de la grasa y de los fosfatos de los músculos» (1). Ahora bien; lo que ocurre periódicamente en el salmón del Rhin, cuyos músculos se consumen para perpetuar la especie, ocurre en la mujer de una manera continua, siendo su cerebro el que se consume también en favor de la especie. Esta consunción es la que se traduce desde el primer momento por la pobreza psíquica del sexo femenino puesto en relación con el sexo opuesto.

De la extensa exposición anterior, resulta bien clara la causa del antagonismo entre la mentalidad y la sexualidad. Que el arsénico sea derivado hacia la mama (cuando se establece la secreción láctea), ó hacia la piel y sus apéndices, el hecho es que la matriz, nutrida insuficientemente, llega á atrofiarse. Pero si en lugar de ser derivados en cualquiera

(1) G. Bunge, *Cours de Chimie biolog. et patholog.* Traducción francesa.

de las dos direcciones expuestas, lo son hacia el cerebro, el aparato generador sufrirá igualmente.

He ahí una mujer que trabaja intelectualmente. Su cerebro, para poder sostener ese trabajo violento, absorbe una gran proporción de los principios arsenicales segregados por la tireoides; en cambio, sus ovarios, su matriz, privados ó pobres de su excitante normal, se achican, degeneran, conduciéndola á la esterilidad. Y he aquí que, si por fortuna su aparato generador no se resintió profundamente, esta mujer «sabia, genial», *varonil*, puede caer embarazada. Durante su preñez seguirá cultivando sus estudios, leyendo sus novelas favoritas, asimilando el contenido de páginas y páginas, pariendo literatura... y mientras tanto, el embrión que lleva en sus entrañas sufrirá horriblemente. Falto de uno de los principales acicates de su nutrición, crecerá débil, raquítico...

Y llegará el momento de saludar la luz, y lo veremos pálido, enclenque, de miserable desarrollo. La madre querrá (¡cosa extraña!) alimentarlo á sus pechos, pero la leche es pobre y el infante progresará con lentitud, acentuándose más y más su miseria; y si—como por desgracia es tan frecuente—sus pechos no tienen savia, la desgraciada madre entregará la sangre de su sangre al cuidado de una extraña para que lo alimente con la leche de sus senos fecundos. ¡No importa! La pobre criatura podrá lograrse, pero llevará durante toda la vida el estigma de la debilidad: seguramente

alcanzará un desarrollo cerebral escaso, tendrá unos órganos genitales infantiles y estará propenso á toda suerte de enfermedades.

Por lo demás, la mujer no está en las mismas condiciones que los pájaros, que tienen al año su época de amores. Las hembras de estos animales podemos hasta considerarlas iguales á los machos; pero tratándose de nuestra especie, en la que la reproducción abarca todas las épocas y en la que el nuevo ser se alimenta á expensas de la madre durante una parte de su vida, no puede suceder nada de eso. La mujer, en virtud de su propia organización, no puede alcanzar el desarrollo mental del hombre; y si alguna de entre ellas se nos revela como una «distinguida», es en perjuicio de su fecundidad, y por consiguiente, del vigor físico y mental de la especie y de su belleza. ¡Recordemos el viejo axioma: «La mujer es lo que es por el útero», y tengámoslo siempre presente!

Emparentado con el problema del desnivel mental de los sexos, se encuentra el de saber á qué causa ó causas obedece la pérdida del pelo en nuestros antepasados animales al transformarse en el género *homo*. Me parece que no debe atriburse este hecho, como hacen algunos evolucionistas, á influencias climatológicas, ni tampoco, como piensa Darwin (1), á un fenómeno de selección sexual ó bien á un triunfo adquirido en la lucha con ciertos

(1) *The descent of Man and selection in relation to sex.*

organismos parásitos. Los humanos antepasados, forzados á aguzar la inteligencia, han ido seguramente perdiendo poco á poco el pelo por este motivo; los principios tónicos, excitatrices, segregados por la tireoides y que en un principio eran derivados en gran proporción hacia los tejidos epidérmicos, desarrollando y vigorizando sus apéndices, fueron lentamente cambiando de rumbo, encauzándose hacia esa poderosa arma defensiva que se llama cerebro. En este estado, los apéndices de la epidermis, insuficientemente nutridos, fueron desapareciendo poco á poco, al mismo paso que el espíritu seguía su marcha progresiva y fecunda hacia la genialidad.

La pérdida del pelo se nos aparece aquí como consecuencia del creciente desarrollo de las funciones cerebrales, del alma; y el dicho del vulgo, cuando quiere expresar satíricamente que las tonterías no son hijas del genio, al decir: «Se quedó calvo», encierra, aunque sin saberlo, una gran verdad. Efectivamente, la actividad mental lleva consigo la caída del pelo, á lo menos en la gran mayoría de casos. ¡Desconfiad—como tantas veces se dijo—de las melenas, de los cabellos largos, de las abundosas y grandes guedejas, porque son, en efecto, un signo de indigencia espiritual!

Quedarían aún por resolver estos dos problemas: 1.º, por qué el pelo se conserva en ciertas regiones, como la de la cabeza, cejas, bigote, pubis, etc., mientras que en otras regiones del cuerpo

no es tan espeso ni alcanza tanto desarrollo; 2.º, por qué el desarrollo de estos apéndices epidérmicos es menor en la mujer que en el hombre.

Por lo que respecta al primer punto, hay que fijarse en que las principales regiones cubiertas de pelo corresponden á la proximidad de los aparatos sexual y cerebral; y si pensamos ahora que la sangre que alimenta el cerebro y el aparato generador deviene al fin más rica en «principios excitadores»; si tenemos también en cuenta que existen comunicaciones vasculares entre aquellos dos grandes aparatos y la piel que los recubre, y si recordamos, finalmente, que durante la actividad mental la sangre afluye con más energía al cerebro y el rostro «se enciende» y la cabeza «se calienta», se comprende que estas regiones de la piel, estando mejor nutridas (ó más bien, excitadas), conservarán sus apéndices.

Tocante al segundo punto, baste decir que su explicación se encuentra en la especial é íntima organización de cada *sexo*; la «lujuriente cabellera (de la mujer) contrastando con el vello fino é imperceptible que cubre el resto de su cuerpo... todo depende del ovario» (1), porque en la mujer, organizada sobre todo para la función primordial de la procreación, casi todo el capital de principios arsenicales tireoidianos va, en detrimento de la piel y del cerebro, á nutrir los órganos de la generación.

(1) Virchow, *loc. cit.*

Profesiones geniales y ageniales.—La mujer y las profesiones

La pluma del sabio ha dejado en blanco unas cuantas páginas del libro de la Historia del Alma. Ha buscado el sabio descifrar el conjunto laberíntico de nuestro almario, pero su curiosidad ha tropezado con escollos invencibles; paso á paso, pacientemente, ha espiado las ondas de todas nuestras emociones, las imágenes de nuestra memoria, el ritmo de nuestra voluntad, nuestros ensueños, las ruinas y floraciones del espíritu... pero sus luces exploradoras no llegaron á iluminar las profundidades de esa fuerza espectral llamada «alma». Ha pretendido escudriñar los secretos de ese sagrario—el cerebro—formado de miles y miles de celdillas y de millones de finos hilos, en donde anidan las incomprensibles energías del espíritu, pero tampoco en este caso le fué totalmente propicia la fortuna.

Á pesar de que la reja de nuestros arados roturadores no ha hecho surco en toda la extensión de

esas vastísimas heredades llamadas Anatomía y Psicología, sin embargo, á nadie se le oculta que la resolución de los problemas psico-fisiológicos relativos á las profesiones debe intentarse á partir de los conocimientos que actualmente poseemos sobre la arquitectura de nuestra en gran parte ignorada maquinaria nerviosa.

En el palio cerebral existen «áreas» ó «centros» funcionales de diferente valor psicológico. Ciertas regiones del palio están enlazadas con los nervios de los aparatos receptores periféricos (aparatos de la vista, oído, etc., y de la sensibilidad general: tacto, dolor, temperatura, etc.), constituyendo las «áreas sensibles y sensoriales»; otras zonas están en conexión con los nervios motores, y se las llama por esta razón «zonas corticales motoras»; y finalmente se llama «centros de asociación» á determinadas regiones del palio que no se encuentran directamente relacionadas ni con los nervios que nacen en los aparatos de los sentidos ni con los conductores destinados á propagar la chispa que ha de encender el combustible almacenado en los músculos.

Los centros asociativos tienen una importancia considerable desde el punto de vista psicológico. Hay animales desprovistos de centros de asociación, que ocupan los más bajos escalones de la filogénesis; y en los organismos que poseen centros asociativos cerebrales, éstos se hallan más ó menos desarrollados, son más ó menos extensos, en armo-

nia con el puesto que el organismo ocupa como eslabón de la inmensa cadena de las formas animales. En armonía con esta ley evolutiva, si se calcula la superficie que ocupan los centros de asociación en los cerebros de animales, se observa que su extensión es proporcional á la inteligencia; así, en el perro, la relación entre las áreas de *proyección* (sensibles y motoras) y *asociación* es 1 : 0'3; en los monos inferiores, 1 : 0'5; en los antropoides, 1 : 1, y en el hombre, 1 : 3. Según esto, los centros asociativos del cerebro humano ocupan una extensión tres veces mayor que las zonas de proyección.

El cerebro del niño recién nacido apenas difiere del cerebro de los animales inferiores, que no poseen áreas de asociación. Al principio de su vida, el infante es un mecanismo de acciones reflejas, de actos maquinales, puramente instintivos; su engranaje nervioso es relativamente grosero, pues los centros psíquicos no pueden funcionar todavía; gran parte de las celdillas y fibras nerviosas no son aptas para elaborar y transmitir ondas, para fundir y combinar imágenes; y la conciencia, ese «ojo interior» que nos gobierna y vigila á nosotros, adultos, permanece oculta, sin emitir ni el más leve destello, como un sol que no realizó su salida y que no se ve aún en el horizonte que dominamos.

Otra diferencia entre los centros de proyección y asociación estriba en que los primeros son de adquisición más remota que los segundos; aquéllos representan la base anatómica de tendencias espe-

cíficas, de acciones reflejas más ó menos complicadas; en cambio, las zonas de asociación representan algo así como el substratum de las tendencias más personales. Sobre todo, el centro frontal se considera por algunos (y no sin cierto fundamento) como el centro de la personalidad consciente, del *yo* pensante y afectivo.

La característica de las profesiones agenciales está en la casi exclusiva intervención de los centros de proyección durante el trabajo profesional, y la característica de las profesiones geniales en el predominio funcional de los centros asociativos.

Pero hay que llevar el análisis más adelante, más profundamente, si es posible hasta las entrañas mismas del objeto de nuestras inquisiciones.

En el grupo de las profesiones agenciales, existen unas caracterizadas por el marcado predominio de las funciones motoras, y otras con preponderancia de las funciones sensoras. El picapedrero que labra un bloque de granito, el músico que ejecuta una pieza al piano, el orador que nos entretiene y arrebatata con su elocuencia... son profesiones ó *formas* que corresponden al grupo de las *motoras*; en cambio, los críticos de música, de pintura, de arte, en general, forman casi por sí solos el grupo de *formas sensoras* de las profesiones agenciales.

Claro está que, en el purísimo sentido de la expresión, no hay profesiones sensoras y motoras, sino sensomotoras; pero es muy conveniente sos-

tener la distinción enunciada, en armonía con el predominio que en el psiquismo toman los centros sensoriales y motores; más aún: no hay que olvidar que siempre, ó casi siempre, intervienen en el ejercicio profesional los centros superiores del psiquismo, es decir, los centros psicológicos de asociación.

Creo que somos muy pródigos en tributar el adjetivo de «geniales» á ciertos hombres que ejercen determinadas profesiones. Ni el músico que ejecuta admirablemente, divinamente, ni el orador, ni el cantante, etc., pueden traspasar jamás el lindero de la genialidad. Bien mirado, ¿qué diferencia esencial se descubre entre esta dama que toca bien el piano y aquella otra dama que maneja á maravillas la aguja de hacer croché?... El músico-ejecutante, el orador, la cantatriz, etc., etc., ponen en actividad sus centros motores de proyección. Todos ellos han adquirido una delicadeza y rapidez tal de movimientos, adaptados en cierto sentido, que es esa precisión, esa métrica, esa rapidez motoras las que los distingue de otros profesionales del mismo grupo. Biológicamente hablando, no hay una diferencia colosal, ni grande siquiera, entre ciertas profesiones liberales, la de músico-ejecutante, por ejemplo, y las profesiones manuales. Hay más diferencia entre un crítico musical y un pianista, que entre éste y un empleado de telégrafos que pasa las horas golpeando las teclas del transmisor.

He aquí un retratista afamado. Este hombre es poseedor de la facultad de distinguir suaves tonalidades cromáticas; tiene, además, el don de percibir insignificantes matices de luminosidad, y en fin, está provisto de unos músculos oculares exquisitamente delicados, que dan una finura especial al sentido de la perspectiva. Lo mismo puede decirse del paisajista que copia la Naturaleza, del paisajista que reproduce un efecto de sol en las aguas del mar, del que copia unas cumbres nevadas, ó unas chozas aldeanas rodeadas de matas y arbustos, ó las aguas movedizas de una cascada. Sin embargo, ni el retratista ni el paisajista son profesionales sensores. Yo, por ejemplo, que no soy ni lo uno ni lo otro, puedo *sentir* tan emotivamente como el paisajista un *efecto*; pero no por eso seré capaz de trasladarlo al lienzo. Indudablemente, hay necesidad de admitir que la organización psico-fisiológica del pintor es diferente de mi organización psico-fisiológica; en mí hay una insuficiencia motora, expresiva, que no hay en él, puesto que él es capaz de reproducir lo que ve, al paso que yo no puedo traducir lo que veo. ¿Por qué? Porque en mi organismo falta una coordinación especial entre las sensaciones y los movimientos.

Que es cierto esto que digo, lo prueba el siguiente fenómeno, del que frecuentemente es mi conciencia testigo introspectivo.

Yo canto malísimamente, tan mal, que no hay una sola persona que, al oírme, deje de advertir-

me que tengo «muy mal oído». He de confesar que si lo primero es cierto, lo segundo es perfectamente falso, á pesar de todo lo que puedan decir los que emplean aquella expresión para dar á entender que á un sujeto «no se le pega la música». Yo tengo un excelente oído y un sentido musical regularmente desarrollado. Me ocurre con frecuencia que una música sentida una y cien veces, no soy capaz de reproducirla; pero estando en silencio, pobre todo en el silencio de la noche, *siento vibrar las notas en el interior de mi cabeza* con tal claridad y corrección, que me parece, en esos momentos, que vienen del exterior, no de mi mundo interno, sino de un mundo musical situado fuera de mi *yo*. Y si al sentir la música interior hago un esfuerzo para exteriorizar, mediante mi aparato fonador, las notas que vibran claras, melódicas, dentro de mí, claudico irremisiblemente.

La explicación de este fenómeno está en admitir que me falta la coordinación necesaria entre el centro de proyección sensorial del oído y el centro motor que preside los movimientos del aparato de la fonación. Tratándose de música, yo soy un *sensor*; pero no paso de ahí, pues en cuanto intento coordinar las notas con arreglo á mi sentido y memoria musicales, ó á mis seudo alucinaciones, fracaso siempre, inevitablemente.

Estos ejemplos, y muchísimos más que pudieran traerse á cuento, demuestran que no bastan la sensación y la capacidad motora para realizar

cierto orden de movimientos, sino que es precisa una especial *coordinación* entre los elementos motrices y sensoriales.

Los críticos de arte son sujetos esencialmente *sensores*, en tanto no se dedican al cultivo del Arte. Muchos críticos musicales son incapaces de *componer*; los de pintura no pueden, quizá, trazar un boceto superior, en mérito artístico, al del más mediano aficionado, etc., etc. Esto dimana de su especial arquitectura psico-fisiológica: son cerebros provistos de finos centros sensoriales y de un exquisito sentido artístico, pero que están incapacitados para *hacer*. Los críticos de arte son, quizá, los más genuinos representantes de los profesionales sensores.

El sentimiento que, en unión de otros factores psicológicos, integra la personalidad profesional, no puede aproximar á los hombres á las fronteras de la genialidad. Un músico, un Paderewsky que arranque notas impregnadas de sentimiento; un retratista que haga asomar el *alma* á los ojos, á la expresión del modelo; un cantante que nos inunde con un raudal armonioso de notas; un orador que conmueva al auditorio con su elocuencia... son más artistas, cierto, pero no más geniales que aquellos otros que no pueden sellar sus obras, sus cantos ó sus oraciones de manera tan delicada. El sentimiento, por profundo, por sublime que sea, no abre á nadie las puertas del huerto de la genialidad.

Al lado de las profesiones agenciales (sensoras, motoras y sensomotoras ó profesiones de coordinación) existen profesiones geniales. El carácter psico-fisiológico de éstas lo constituye el predominio de las funciones asociativas, el trabajo preponderante de los centros de asociación del cerebro. Estos centros de asociación son, según es sabido, los de mayor importancia psicológica; su trabajo, el más aristocrático; son, en pocas palabras, la sede de las actividades esplendentes, de los rasgos geniales, de las producciones luminosas, de la facultad creadora. Genio y creación son dos ideas inseparables: la matriz psicológica y el producto espiritual.

Cierto que en la vida diaria y en la vida artística interviene siempre, en mayor ó menor escala, el funcionamiento de las zonas cerebrales de asociación; pero de esto no puede deducirse que todas nuestras acciones tengan un matiz de genialidad. La genialidad supone creación, y ésta supone, á su vez, la actividad de los centros sensibles y motores. En el genio, el funcionamiento de las zonas asociativas se realiza á alta tensión, de manera anormal, pero no morbosa.

Si se habla de «artistas geniales», al referirnos á ciertas mujeres que se dedican al cultivo de las profesiones sensoras y motoras, se hace abusivamente, sin fijarse en el alcance que aquellas palabras tienen desde el punto de vista psico-fisiológico. Es tan mísera, tan deficiente nuestra educación

psicológica y tan grande nuestro culto al idolo «Mujer», que aquella deficiencia y esta adoración nos arrastran á cometer las más grandes injusticias. Antes que otra cosa, somos machos, y por consiguiente, amadores de las mujeres y... trovadores. ¿Qué culpa tenemos nosotros de coronar el espíritu de algunas mujeres célebres con un rico estefanio entretejido de adjetivos elevados y sonoros?... Es que la fuerza abrumadora é inconsciente del «espíritu de la especie» se agita en nuestro interior, y se levanta, y se traduce en expresiones refinadamente galantes... y refinadamente injustas.

Sería muy conveniente que un sismo espiritual demoliere todos los grandes prejuicios sobre la «inteligencia y genio femeninos». Una tempestad que convirtiera en ruinas los edificios levantados sobre argumentos antibiológicos, para luego edificar sobre los escombros una gran obra sobre «función y destino natural de la mujer en las sociedades», sería conveniente, necesaria, pues seguramente á ella seríamos deudores del embellecimiento y robustez de la especie.

Las mujeres consagradas al ejercicio de alguna profesión sensora ó motora, no son, no pueden ser, por *célebres* que sean, ni pequeños ni grandes genios. Una buena pianista apenas si difiere gran cosa de una excelente obrera que pasa su vida haciendo puntilla; las actrices, las pintoras, etcétera, etc., no pueden llegar jamás á la categoría

de «genios femeninos». Ahora bien; no creo equivocarme si digo que la mayoría de las damas célebres son «profesionales agenciales», esto es, ejercitadoras de una función preferentemente sensora ó motora.

«De todas las mujeres que, en gran número, frecuentan nuestras universidades, no hay más que un tercio que prosigan sus estudios hasta el fin y se consagren luego á un empleo social. Esto no proviene de que las mujeres sean menos aptas, sino de que, antes de alcanzar el fin propuesto, la mayoría se desvía y se dedica á su destino especial, es decir, al matrimonio. Durante numerosos siglos, la mujer se ha dado á la familia, á la educación de sus niños; ha querido ser el sostén de la familia y quiere continuar siéndolo. No quiere decir esto que el ideal femenino no pueda cambiar; pero para que cambie este ideal, se necesitará, desde luego, que se metamorfosee el carácter femenino mismo, es decir, sus inclinaciones, su querer, su obrar y su sentir. La elevada misión de la mujer en la organización es la familia, su esclavitud—según dicen ciertos feministas—se ha impreso en su organización, tanto mental como corporal; y no será por un decreto cualquiera, sino por una acomodación lenta y penosa, como podrá realizarse esta evolución» (1).

(1) Selsgerma, *Premier Congrès Inter. de Psychiatrie, Neurolog., Psychol. et de l'Asistance des Alienés*, Amsterdán, 1907.

Yo no creo que la mujer sea capaz de llegar á las más altas cumbres espirituales. La mayoría de las jóvenes estudiantes holandesas se desposan antes de finalizar sus estudios, é indudablemente es ese el mejor camino que pueden seguir, el más conforme con su destino.

Como los hechos se imponen á todas las consideraciones metafísicas, hay que reconocer que, entre las mismas mujeres, existen espíritus bien dotados, dueños de un brillante capital, de tesoros jamás poseídos por una gran mayoría de hombres; pero ¿no está, en estos casos, desvirtuado el carácter sexual? ¿Se trata de una mujer ó de un mari-macho? Esto último es lo cierto. Los caracteres sexuales han sido violentados, torcidos; una insana presión, nacida al calor de erróneos prejuicios, de grandes vanidades ó de ciertas miras económicas, ha derrumbado parte del bello edificio, dejando un monstruo á nuestra vista.

¿Quién no ha visto alguna vez en su vida una de esas monstruosas mujeres poseedoras de formas y carácter hombrunos? Á su cuerpo faltan redondeces, curvas delicadas; su voz es grave, baja, como la de un hombre; sus ademanes, su deambular tienen los caracteres del deambular y ademanes del macho; y quizá, para colmo ridículo, esa mujer enseñe en determinadas regiones del rostro los apéndices pilosos que en el hombre constituyen un carácter sexual secundario, sostenido y desarrollado por la selección... Decid ahora: ¿no es el lado

espiritual de las mujeres célebres tan monstruoso como el aspecto físico de esta hembra aberrante, que tiene sobre sí la desgracia de poseer un cuerpo y un temperamento masculinos?

De que algunas mujeres ejerzan profesiones geniales no puede decirse que entren en la categoría de genios, ni siquiera que puedan llegar á serlo. La profunda filosofía, las geniales concepciones filosóficas sobre el Universo, no fueron obra de mujeres, sino de hombres. Ni Kant, ni Spinoza, ni Pascal, ni Newton, fueron mujeres, y ninguna mujer llegó más que á pisar las huellas del paso de los genios masculinos. ¿Qué mujer ha igualado á Wágnner, á Schúman?... Ni la Filosofía ni los más sublimes pensamientos musicales son fruto del árbol espiritual de la mujer. En los campos estériles no pueden crecer árboles frondosos y floridos.

VI

Progreso y locura.—Feminismo y degeneración

Examinando comparativamente la algoesthesia en las razas, en las clases sociales, en los individuos, en las edades y en los sexos, descubrimos inmediatamente una relación particular, íntima, entre el desarrollo numérico de las enfermedades nerviosas y el grado de susceptibilidad al dolor; relación que puede expresarse diciendo que las afecciones del sistema nervioso aparecen con mucha mayor frecuencia en las razas, en las clases sociales, en los individuos, en las edades y en el sexo que poseen mayor grado de sensibilidad dolorífica.

Enseñan las investigaciones algesimétricas (1) que el grado de la algoesthesia nos da, hasta cierto punto, la medida del desarrollo espiritual; y cómo, de otra parte, enseñan los trabajos estadísticos que el número de afecciones mentales es mayor en los

(1) Véase el cap. sobre «Las pruebas psicológicas».

países cultos que en los de escasa cultura, mayor también en las razas superiores que en las razas últimas de la Humanidad, y mayor entre las gentes de las ciudades que entre los pobladores del campo; se sigue de aquí que, en el curso del desenvolvimiento histórico de la especie y del individuo, el grado, cada vez creciente, de sensibilidad al dolor y el progresivo aumento de las enfermedades nerviosas siguen un desarrollo paralelo.

De las grandes capitales de Europa, Madrid es la que da menor contingente de alienados. En una estadística (no muy reciente, á decir verdad) figura la capital de España con un alienado por cada 3.300 habitantes, mientras que Londres y Paris, ciudades de gran actividad é intelectualidad, dan un contingente cerca de diez y siete veces mayor. ¡Qué datos más elocuentes! Si el número de locos de una raza, de un pueblo, nos da la medida de su actividad é inteligencia, ¿no aparecemos nosotros como la última escoria de los pueblos civilizados? Si España da un contingente reducidísimo de locos, en comparación con los demás pueblos de Europa, es porque nosotros no poseemos el tesoro de otros pueblos, tesoro consistente en nervios delicados, en celdillas finas y pensadoras...

Quizá se me arguya que en Madrid, por ejemplo, han de estar menos acentuadas las causas de locura, entre las que figuran las sacudidas morales de toda índole, las enfermedades infecciosas, los envenenamientos por el alcohol, la absenta, etcé-

tera, etc. Quiero conceder que esto sea cierto (lo cual, como es sabido, está muy lejos de ser verdad), pero, como voy á recordar en seguida, en la explosión de las locuras interviene, además de las causas enumeradas, la constitución nerviosa del sujeto ó—permítase la expresión—el tono nervioso del pueblo. Un tono nervioso delicado predispone á padecer trastornos y desastres espirituales; un tono bajo, grosero, presta á los pueblos una gran resistencia al desarrollo de enfermedades de la mente, de ruinas, de disipaciones y tempestades del espíritu.

Hubo, según cuentan, un pastor griego, de nombre Syphylys, que padeció una extraña enfermedad, no conocida hasta entonces. La enfermedad de Syphylys fué horrible, y el pobre pastor murió; y á aquella enfermedad, que por desgracia se encuentra muy difundida en la actualidad, se la bautizó con el mismo nombre del guardador de rebaños que la padeció por vez primera. ¿Me comprendes, benévolo lector?... No sé cómo decirlo... Desde ahora, por razón de delicadeza y de eufonía, designaré la dolencia á que me refiero con el nombre de «enfermedad del pastor».

Pues bien; esta enfermedad es causa muchas veces de una forma especial de demencia, llamada «demencia paralítica». En los desgraciados que padecen esta enfermedad, se vé cómo, paso á paso, va arruinándose su cuerpo y su espíritu. El rostro adquiere un tinte térreo; los labios, la lengua, las

extremidades son agitadas por temblores y sacudidas; el deambular se vuelve incoordinado; la palabra se hace lenta, trabajosa, torpe, y muchas veces la emiten mutilada. ¡Un cuadro horrible!

Á esta ruina del cuerpo—de la que no hice más que señalar algunos rasgos—acompaña la ruina del alma. La inteligencia se desmorona, y al fin no queda un sólo resplandor de su pasada luminosidad; los recuerdos que yacían en la memoria, van obscureciéndose hasta perderse por completo en el abismo de lo «nunca sentido»; los afectos de familia, el amor de padre, de enamorado, etc., se borran del corazón; los sentimientos morales también se derrumban, y de la quizá pretérita grandeza y robustez de aquel hombre no queda ni un resto siquiera. En el cerebro ruinoso de estos enfermos se agitan á veces macabras alucinaciones; los desgraciados, dominados por un temporal interior, se sienten impulsados al robo, á la violencia... de entre ellos, unos caen en una especie de melancolía inmóvil, mientras otros deliran y se creen reyes, emperadores, grandes personajes. «Yo, el emperador de Patagonia...», decía un enfermo de parálisis general, que he visto en un manicomio. Y el emperador daba órdenes á sus ministros y enseñaba, orgulloso, el pecho cubierto de condecoraciones ganadas en mil ilusorias batallas...

Se ha averiguado que los casos de parálisis general aumentan con el desarrollo de la cultura; al mismo tiempo se ha observado que la «enfermedad

del pastor», en tanto causa de parálisis general, ataca de preferencia á las razas cultas, y dentro de éstas, á los individuos de cierta aristocracia intelectual. Así se explica que se hayan visto pueblos negros intensamente invadidos por la «dolencia del pastor», y en donde apenas se observan casos de demencia paralítica, al paso que en poblaciones europeas invadidas por aquella afección, se encuentra un crecido contingente de paralíticos generales. Además, cuando en siglos anteriores la «enfermedad del pastor» era más infestante que en la actualidad (las generaciones actuales heredaron cierto grado de inmunidad de las pasadas generaciones), y cuando la cultura no adquiriera, ni con mucho, los vuelos actuales, los casos de parálisis general eran más raros que en la época presente.

Considerando igual la intensidad de la causa morbosa, los efectos son mayores en los pueblos y razas elevadas que en los pueblos y razas inferiores. Entonces, ¿por qué secreto influjo las razas superiores son atacadas con mayor frecuencia que las razas abyectas, aun cuando las últimas estén más expuestas á la causa que provoca la ruina del alma y del cuerpo? Y ¿por qué lo que acontece con las razas y pueblos sucede con los individuos? Porque, como es sabido, los individuos dotados de gran inteligencia, los espíritus cultivados, las almas geniales se hallan más propensos á la locura que las medianías y las almas semisalvajes.

Entre una máquina grosera y otra exquisita-

mente delicada, es ésta la que se descompone con más facilidad. Bastan pequeñas sacudidas para que la maquinaria de precisión deje de funcionar regularmente. Pensad ahora que las razas superiores y los hombres geniales son dueños de una maquinaria nerviosa delicada, y así como el aparato de precisión se descompone por leves golpes, por suaves trepidaciones, así también el alma de los hombres y razas superiores es sensibilísima á los agentes dañosos del mundo, á la influencia de los venenos morales y físicos.

Por el contrario, las razas inferiores poseen una maquinaria espiritual sencilla y grosera. ¿Se comprende ahora por qué las razas superiores están más propensas á la locura? Seguramente porque son poseedoras de un sistema nervioso fino, exquisito; exquisitez, finura labradas, en último término, por el acicate del dolor; pues, según ha escrito Nietzsche, «sólo bajo ese duro dueño (el Dolor) el hombre ha realizado todos sus progresos».

Si la parálisis general se presenta menos frecuentemente entre las mujeres que entre los hombres, es en parte debido á que la mujer posee una arquitectura cerebral más grosera que la del hombre, siendo, en consecuencia, menos sensible que éste á la acción del veneno productor de la enfermedad. La inferioridad mental de la hembra, es decir, la menor delicadeza de sus elementos nerviosos, es, en mi sentir, una de las causas que la hacen más refractaria á padecer la parálisis general.

Lloremos por aquellos pueblos que dan un reducido contingente de locos, y bendigamos el día en que la locura extienda sus conquistas entre nosotros, porque entonces habremos adquirido preciosos tesoros que hoy no poseemos. No execremos al tirano, que si en sí es cruel, nos mueve hacia el Imperio de la Dicha; mirémoslo con respeto y veneración, porque él, el Dolor, es el padre de todos los progresos y es él quien nos guía hacia la tierra prometida. Y respecto á la Locura, mirémosla como la compañera del Dolor, como la reveladora de hondos misterios y como la autora de grandes filosofías (1).

La Locura y la Civilización marchan cogidas de las manos. Cada ventaja que alcanza el hombre en la batalla que constantemente sostiene contra el dolor, representa una ampliación del dominio de la Locura. Pero esto es necesario, inevitable. ¿Ó es

(1) Permitidme, lectores, que refiera una herejía.

Es un psicólogo francés, Binet-Sanglé, el autor de la estúpida herejía; pero antes os suplico que seáis benévolos con el citado psicólogo, y que los que seáis creyentes le perdonéis en honor de vuestra misma religión y en honor también de la intención científica que ha puesto en su *blasfemo estudio*.

Binet-Sanglé ha publicado un libro titulado *La folie de Jésus*. En este libro, que constituye un estudio biológico sobre el mártir del Gólgota, sobre el divino Maestro, hijo de Dios, según la Religión, se analizan la herencia, la constitución y psicología del Crucificado: el sudor de sangre que Jesús experimentó en el valle de Getsemaní, sus alucinaciones, la impulsividad de sus actos, la inapetencia de larga duración,

que hemos de renegar del progreso porque á medida que éste avanza avanzan también las afecciones mentales? Si no renegamos de la civilización, que nos proporciona mil y mil ventajas á cambio de unas cuantas existencias, ¿hemos de maldecirla porque arruine unos cuantos espíritus? «¡Más locos aún!», gritamos sin saberlo, cuando clamamos por el avance, creciente siempre, de la onda civilizadora.

No blasfema el que dice: «Deseo que, dentro del orden hoy establecido, aumente el número de locos; deseo que de mi pueblo, de mi raza, salgan más cerebros ruinosos que salen del pueblo y de la raza vecinos. Mi alegría sería poder ver muchos delirantes, muchos alucinados, «muchos», esto es, más de los que hoy veo. Son pocos hoy, y ansiaría que su número creciese.» El que así habla no peca, por la razón de que no peca el que desea que el carro de la civilización siga su camino.

sus accesos de *dromomanía* (impulsión á la fuga), etc., etcétera; rasgos todos que se encuentran en ciertos enfermos de la mente. Y de este análisis, Binet-Sanglé, el profesor de Psicología, cuyo libro causó una profunda emoción en el mundo médico y en la sociedad creyente, saca la conclusión extraordinaria que el sublime Maestro fué un enfermo, un loco divino.

Perdonemos al autor de ese estudio blasfemo; pero ¿resultaría por eso menos bella y celeste la Filosofía cristiana? ¿Perderemos nuestra admiración hacia el contenido de los Evangelios? Indudablemente, la Ciencia es revolucionaria... y causa muchos estragos.

Pero á lo inevitable viene á sumarse lo que puede evitarse, lo que realmente constituye un pecado, una blasfemia contra la Naturaleza. El feminismo, esa plaga que se extiende como nube de langosta devastadora, es culpable de muchas desgracias. Mientras la civilización hace sus víctimas necesariamente, las víctimas del feminismo no llevan ese sello de fatalidad, de necesidad natural.

Las locuras—que el progreso de los pueblos hace aumentar—son un mal comparable al *mal* que ejercita esa fuerza poderosa llamada selección, *que terraplena los débiles* y consolida el reinado de los fuertes; en cambio, las víctimas del feminismo son producto de la *elevada*, antinatural y violenta educación que pretendemos dar á las mujeres, algo comparable á aquella asquerosa selección que Catalina de Médicis intentara para perpetuar una raza de enanos.

Las circunstancias en que se encuentran las mujeres consagradas al estudio, «son extremadamente favorables al desarrollo de las enfermedades nerviosas. Las emociones crónicas depresivas, el miedo, las angustias, las decepciones, unidas al *surmenage* intelectual, no tardan en provocar la neurastenia, la histeria y todas las múltiples aberraciones del espíritu que tan frecuentemente observamos en las mujeres que ocupan una función social» (1).

(1) Selsgerma, *loc. cit.*

Pero no es esto lo más triste. Estas mujeres no sólo comprometen su salud, sino que también comprometen la de su descendencia, si la tienen. Nuestras *cultísimas* señoritas ceden ante la sobrecarga que se imponen, y si el día de mañana se desposan, sus infantes no serán lo suficientemente robustos, corporal é intelectualmente, para poder luchar con ventaja en la áspera batalla de la vida.

En el ejercicio de mi profesión, he tropezado con más de una mujer desequilibrada, desequilibrio debido al *surmenage* intelectual. En una observación que, milagrosamente, pude recoger con todo detalle, se trataba de una de esas estudiosas jóvenes que pasan las horas del día dedicadas á la lectura, haciendo versos y redactando *diarios* é impresiones... que no se publican. Caligráficamente la escritura de esta joven tenía los rasgos de la escritura masculina, el temperamento también de hombre, desempeñando entre sus amigas el papel de galán, «piropeándolas, como si se tratase de un muchacho galanteador...» Pues bien; esta joven era presa frecuentemente de ataques de anemia cerebral aguda.

Otra de mis observaciones se refiere á una muchacha «muy inteligente y estudiosa»—según confesión de los padres—, á la que se le había suprimido el flujo periódico. Bastó ordenarle dejara sus novelas y sus libros, para ver reinstalarse la perdida función menstrual.

Muchos de mis colegas, especialmente los dedi-